

¿Como ir a Dios?



HORATIUS BONAR (1808-1889)

¿Cómo ir a Dios?

y otras lecturas

«Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?»

Hechos 16:30

Contenido

1. ¿Cómo ir a Dios?	3
2. ¿Cuál es mi esperanza?	9
3. En mi lugar.....	13
4. «Mucho tiempo»	17
5. No puedo soltarme.....	21
6. ¿A dónde?, ¿a dónde?	25
7. «El mundo pasa»	28
8. ¿Y si todo es verdad?	32
9. Los siglos venideros.....	37

Traducido por Nedelka Medina
Edición por Ricardo Daglio
Segunda edición por Alaín J. Torres Hernández

Primera publicación 1883
Gracia sobre Gracia primera edición 2022

Copyright © 2022 Publicaciones Gracia sobre Gracia. Todos los derechos reservados.

Reimpreso por Chapel Library con permiso.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *How Shall I Approach God?*
En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.chapellibrary.org.

¿Cómo ir a Dios?

1. ¿Cómo ir a Dios?

Es con nuestros pecados que nos acercamos a Dios, pues es lo único que tenemos y que verdaderamente nos pertenece. Esta es una de las lecciones de la vida que somos muy lentos en aprender; sin embargo, si no la aprendemos, no podemos tomar la dirección correcta en eso que llamamos *la vida religiosa*.

Buscar algo bueno [que nos recomiende] en nuestra vida pasada, o conseguir algo bueno ahora, si encontramos que nuestro pasado no contiene tal cosa, es nuestro primer pensamiento cuando empezamos a buscar a Dios, para poder resolver la gran cuestión entre Él y nosotros en cuanto al perdón de nuestros pecados.

«En Su favor hay vida»;¹ carecer de este favor es ser infeliz aquí, y estar excluido del gozo futuro. No hay vida que merezca el nombre de vida sino la que fluye de Su amistad segura. Sin esa amistad, nuestra vida aquí es una carga y un fastidio; pero con esa amistad no tememos ningún mal, y todo el dolor se convierte en gozo.

—¿Cómo seré feliz?, —fue la pregunta de un alma cansada que había probado cien maneras diferentes de ser feliz, y siempre había fracasado.

—*Asegúrate el favor de Dios*, —fue la pronta respuesta de alguien que había probado por sí mismo que el «Señor es bondadoso».

—¿No hay otra manera de ser feliz?

—*Ninguna, ninguna*, —fue la rápida y decisiva respuesta—. *El hombre ha intentado otros caminos desde hace seis mil años, y ha fracasado por completo, ¿qué probabilidad existe de que tú lo consigas?*

—*No, no es probable; y no quiero seguir intentándolo. Pero este favor de Dios parece algo tan sombrío, y Dios mismo tan lejano, que no sé qué camino tomar.*

—*El favor de Dios no es una sombra; es real más allá de todas las demás realidades; y Él mismo es el más cercano de todos los seres cercanos, tan accesible al igual que benigno.*

—*Ese favor del que hablas siempre me ha parecido una especie de neblina, con la que no puedo hacer nada.*

—*Di más bien que es la luz del sol lo que una niebla está ocultando de ti.*

¹ Nota de los traductores: Esta es una traducción de la versión inglesa de Salmos 30:5 (KJV) citada por el autor.

—Sí, sí, te creo; pero, ¿cómo voy a atravesar la neblina hasta llegar a la luz del sol que está más allá? ¡Parece tan difícil y requiere tanto tiempo!

—Haces distante y difícil lo que Dios ha hecho sencillo, cercano y fácil.

—¿Quieres decir que no hay dificultades?

—En un sentido, mil; en otro, ninguna.

—¿Cómo es eso?

—¿Puso el Hijo de Dios dificultades en el camino del pecador cuando dijo a la multitud: «Venid a mí y os haré descansar»?

—Ciertamente no; Él quiso decir que fueran de inmediato a Él, ya que tanto Él como ellos estaban allí, y Él les daría descanso.

—¿Qué dificultades habrías encontrado si hubieras estado entonces en el lugar?

—Ninguna, ciertamente; hablar de dificultad estando al lado del Hijo de Dios habría sido una locura, o algo peor.

—¿Sugirió el Hijo de Dios dificultades a los pecadores cuando se sentó en el pozo de Jacob, al lado de la samaritana? ¿No anticipó o eliminó toda dificultad con estas maravillosas palabras de gracia: «Hubieras perdido, y Él te hubiera dado»?

—Sí, sin duda; el pedir y el dar fue todo. La transacción completa se terminó en el momento. El tiempo y el espacio, la distancia y la dificultad no tienen nada que ver con el asunto; el recibir debía seguir al pedir como algo normal. Hasta aquí todo está claro. ¿Pero qué pasa con el pecado? ¿No hay ningún impedimento aquí?

—Ninguno, si el Hijo de Dios vino realmente a salvar lo que se había perdido; si vino por aquellos que estaban perdidos solo en parte, o podían salvarse en parte, la barrera es infinita. Esto lo admito; es más, insisto en ello.

—Entonces, ¿estar perdido no es un impedimento para ser salvos?

—Esa es una pregunta insensata que puede tener una respuesta insensata. ¿Acaso tu sed es un obstáculo para obtener agua, o tu pobreza es un obstáculo para obtener riquezas como regalo de un amigo?

—Cierto; es mi sed la que hace que me venga tan bien el agua, y mi pobreza, la que hace que me venga tan bien el oro.

—Ah, sí, el Hijo del Hombre no vino a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. Si no eres totalmente pecador, hay un impedimento; si eres totalmente pecador, ¿no existe ninguno!

—¿Totalmente pecador! ¿Es ese mi carácter realmente?

—No hay duda de ello. Si lo dudas, ve y busca en tu Biblia. El testimonio de Dios es que eres totalmente pecador, y debes tratar con Él como tal, ya que los sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos.

—¿Completamente pecador, está bien!; pero, ¿no debo despojarme de algunos de mis pecados antes de esperar que Él me bendiga?

—*Ciertamente que no; solo Él puede librarte incluso de un solo pecado; y debes ir a Él de inmediato con todo lo que tengas de maldad, sea lo que sea. Si no eres del todo pecador, no necesitas del todo a Cristo, pues Él es un Salvador por completo; Él no te ayuda a salvarte a ti mismo, ni tú lo ayudas a Él a salvarte. Él lo hace todo, o no hace nada. Una salvación a medias solo sirve para aquellos que no están completamente perdidos. «Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz» (1 Ped. 2:24).*

Fue de una manera similar que Lutero encontró su camino hacia la paz y la libertad en Cristo. La historia de su liberación² es instructiva, ya que muestra cómo las piedras de tropiezo de la justicia propia son quitadas por la plena exposición del evangelio en su gratuidad y liberalidad, como las buenas nuevas del amor de Dios a los que no aman y son antipáticos, las buenas nuevas del perdón al pecador, sin mérito y sin dinero, las buenas nuevas de la PAZ CON DIOS, únicamente a través de la propiciación de Aquel que ha hecho la paz por medio de la sangre de Su cruz.

Una de las primeras dificultades de Lutero fue que debía conseguir que el arrepentimiento se forjara dentro de sí mismo; y una vez logrado esto, debía llevar este arrepentimiento como ofrenda de paz o recomendación a Dios. Si este arrepentimiento no podía ser presentado como una recomendación positiva, al menos podría ser presentado como una súplica para mitigar el castigo.

«¿Cómo puedo atreverme a creer en el favor de Dios» —dijo— «mientras no haya en mí una verdadera conversión? Debo cambiar antes de que Él pueda recibirme».

Se le respondió que la «conversión» o el «arrepentimiento» que tanto deseaba nunca podría tener lugar mientras considerara a Dios como un juez severo y sin amor. Es la bondad de Dios la que lleva al arrepentimiento (Rom. 2:4), y sin el reconocimiento de esta «bondad» no puede haber ablandamiento del corazón. Un pecador impenitente desprecia las riquezas de Su bondad, tolerancia y longanimidad.

Johann von Staupitz, el viejo consejero de Lutero, le dice claramente que debe terminar con las penitencias y mortificaciones, y con todos esos preparativos farisaicos para asegurar o comprar el favor divino.

Esa voz —nos dice Lutero conmovido— parecía venirle del Cielo: «Todo verdadero arrepentimiento comienza con el conocimiento del amor perdonador de Dios».

Al escucharlo, la luz irrumpe en él, y un gozo desconocido lo llena. ¡No hay nada entre él y Dios! ¡Nada se interpone entre él y el perdón! ¡No hay bondad preliminar ni sentimiento preparatorio! Lutero aprende la lección del apóstol: «Cristo murió por los impíos» (Rom. 5:6); Dios «justifica al impío» (Rom. 4:5).

² Nota de los traductores: *liberalidad* – Es decir, la libre oferta del evangelio; que se debía predicar a todos. No confundir con liberalismo moral.

Toda la maldad que hay en él no puede impedir esta justificación; y toda la bondad (si es que existe alguna) que hay en él no puede ayudar a obtenerla. Debe ser recibido como pecador, o no ser recibido en absoluto. El perdón que se le ofrece solo reconoce su culpa; y la salvación provista en la cruz de Cristo lo considera simplemente como perdido.

Pero el sentimiento de culpa es demasiado profundo para poder calmarlo fácilmente. El miedo vuelve a aparecer, y Lutero acude una vez más a su viejo consejero, clamando: —*¡Oh, mi pecado, mi pecado!*, como si el mensaje sobre el perdón que había recibido anteriormente fuera una noticia demasiado buena para ser cierta, y como si pecados como los suyos no pudieran ser perdonados tan fácil y sencillamente.

—*¿Qué?! ¿Serías solo un supuesto pecador, y por lo tanto necesitarías solo a un supuesto Salvador?* Así habló su venerable amigo, y luego añadió con solemnidad: —Sabe que Jesucristo es el Salvador de los grandes y verdaderos pecadores, que no merecen otra cosa que la más absoluta condenación.

—*¿Pero no es Dios soberano en Su amor electivo?* —preguntó Lutero—; *tal vez yo no soy uno de Sus escogidos.*

—*Mira las heridas de Cristo* —fue la respuesta— *y aprende allí la voluntad³ bondadosa de Dios para con los hijos de los hombres. En Cristo leemos el Nombre de Dios, y aprendemos lo que Él es, y cómo ama; el Hijo es el que revela al Padre; y el Padre envió al Hijo para que sea el Salvador del mundo.*

—*Creo en el perdón de los pecados* —dijo un día Lutero a un amigo, cuando daba vueltas en un lecho estando enfermo—; *¿pero qué significa eso para mí?*

—*Ah* —dijo su amigo— *¿no incluye eso tus propios pecados? Tú crees en el perdón de los pecados de DAVID, y los de PEDRO, ¿por qué no en el perdón de los tuyos? El perdón es para ti tanto como para DAVID o PEDRO.*

Así encontró Lutero el descanso. El evangelio, creído de esta manera, trajo libertad y paz. Sabía que estaba perdonado porque Dios había dicho que el perdón era la posesión inmediata y segura de todos los que creían en las buenas nuevas.

En la resolución del gran problema entre el pecador y Dios, en ningún momento debe haber negociación ni precio de ningún tipo. La base del acuerdo se estableció hace 1800 años; y la poderosa transacción en la cruz hizo todo lo que se necesitaba como precio. «Consumado es» es el mensaje de Dios a los hijos de los hombres cuando preguntan: «¿Qué haremos para ser salvos?» Esta transacción culminada supera todos los esfuerzos del hombre por justificarse a sí mismo, o por ayudar a Dios a justificarlo. Vemos a Cristo crucificado, y a Dios en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no imputando a los hombres sus delitos; y esta anulación es el resultado únicamente de lo que se hizo en la

³ Nota de los traductores: Lit., *mente*.

cruz, donde la transferencia de la culpa del pecador al Garante divino se llevó a cabo de una vez y para siempre. Es de esa transacción que el evangelio nos trae las «buenas nuevas», y quien cree en este se hace partícipe de todos los beneficios que esa transacción aseguró.

—¿Pero no he de estar en deuda con la obra del Espíritu Santo en mi alma?

—Sin duda; pues ¿qué esperanza puede haber para ti sin el Espíritu Todopoderoso, quien vivifica a los muertos?

—Si es así, ¿no debería esperar entonces Sus impulsos, y una vez recibidos, acaso no puedo presentar los sentimientos que Él ha obrado en mí como razones por las que debiera ser justificado?

—No, de ninguna manera. No eres justificado por la obra del Espíritu, sino solo por la de Cristo; tampoco los impulsos del Espíritu en ti son el fundamento de tu confianza, ni son las razones para que esperes el perdón del Juez de todos. El Espíritu obra en ti, no para prepararte para ser justificado, o para hacerte apto para el favor de Dios, sino para llevarte a la cruz, tal como eres. Porque la cruz es el único lugar donde Dios trata con misericordia al transgresor.

En la cruz es donde nos encontramos con Dios en paz y recibimos Su favor. Allí hallamos no solo la sangre que lava, sino también la justicia que viste y embellece, de modo que desde ese momento somos tratados por Dios como si nuestra propia injusticia hubiera desaparecido, y la justicia de Su propio Hijo fuera realmente nuestra.

Esto es lo que el apóstol llama justicia «imputada» (Rom. 4:6, 8, 11, 22, 24), o la justicia que Dios nos reconoce de tal manera que tenemos derecho a todas las bendiciones que esa justicia puede obtener para nosotros. La justicia obtenida por nosotros mismos, o puesta en nosotros por otro, la llamamos *justicia inferida, o impartida, o inherente*; pero la justicia que pertenece a otro y que nos es contada por Dios como si fuera nuestra, la llamamos *justicia imputada*. Es de esto que habla el apóstol cuando dice: «vestíos del Señor Jesucristo» (Rom. 13:14; Gál. 3:27). Así Cristo nos representa; y Dios trata con nosotros como representados por Él. La justicia interior seguirá necesaria e inseparablemente, pero no debemos esperar para obtenerla antes de ir a Dios por la justicia de Su Hijo unigénito.

La justicia imputada debe venir primero. No puedes tener la justicia interior hasta que tengas la justicia exterior; y hacer que tu propia justicia sea el precio que le das a Dios por la de Su Hijo es deshonar a Cristo y negar Su cruz. La obra del Espíritu no es hacernos santos para que seamos perdonados, sino mostrarnos la cruz, donde el perdón ha de ser hallado por los que no son santos; para que habiendo encontrado el perdón allí, podamos comenzar la vida de santidad a la que estamos llamados.

Lo que Dios presenta al pecador es un perdón inmediato, «no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho» [Tit. 3:5], sino por la gran obra de justicia consumada para nosotros por el Sustituto. Lo que nos califica para

obtener esa justicia es que somos injustos, así como lo que califica a un enfermo para [ir a] el médico es que está enfermo.

El evangelio no dice nada de una bondad previa que prepare para el perdón, y los apóstoles nunca hablaron de un estado preliminar de sentimiento religioso como introducción necesaria a la gracia de Dios. Los temores, las preocupaciones, los cuestionamientos de sí mismo, los clamores amargos por misericordia, los presentimientos de juicio y las resoluciones de cambio pueden haber precedido en el tiempo a la recepción de las buenas nuevas por parte del pecador, pero no constituyeron su idoneidad ni su calificación [para recibirlas]. Habría sido igualmente bienvenido sin estos. Los temores, etc., no hicieron que el perdón fuera más completo, con más gracia o más gratuito. Las necesidades del pecador fueron todos sus argumentos: «Dios, ten piedad de mí, pecador». Él necesitaba la salvación, y fue a Dios por ella, y la obtuvo justo porque la necesitaba, y porque Dios se deleita en los pobres y necesitados. Necesitaba el perdón, y acudió a Dios en busca de este, y lo obtuvo sin méritos ni dinero. «Cuando no tenía NADA QUE PAGAR, Dios lo perdonó de verdad». El hecho de no tener nada que pagar fue lo que provocó el perdón sincero.

Ah, esta es la gracia. «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros». (1 Jua. 4:10). Él nos amó, incluso cuando estábamos muertos en pecados. Nos amó, no porque fuéramos ricos en bondad, sino porque Él es «rico en misericordia»; no porque fuéramos dignos de Su favor, sino porque se deleitó en bondad. Su bienvenida para nosotros proviene de Su propia gracia, no porque inspiremos amor. «Venid a mí, todos los que estáis cansados y cargados, y yo os haré descansar» (Mat. 11:28). ¡Cristo invita a los fatigados! Es este agotamiento el que te hace idóneo para Él, y a Él para ti. Aquí está la fatiga, allí, ¡un lugar de descanso! Están uno al lado del otro. ¿Dices: —*Ese lugar de descanso no es para mí?* ¿Qué?! ¿No es para el fatigado? ¿Dices: —*Pero no puedo hacer uso de él?* ¿Qué?! ¿Acaso quieres decir: —*Estoy tan cansado que no puedo sentarme?* Si hubieras dicho: —*Estoy tan cansado que no puedo estar de pie, ni caminar, ni escalar*, podría entenderte. Pero decir: —*Estoy tan fatigado que no puedo sentarme*, no es más que insensatez, o algo peor, porque estás haciendo un mérito y una obra de tu sentarte; parece que piensas que sentarse es hacer algo grande que requerirá un largo y prodigioso esfuerzo.

Escuchemos, pues, las palabras amables del Señor: «Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: «Dame de beber», tú le habrías pedido a Él, y Él te hubiera dado agua viva» (Jua. 4:10). ¡Hubieras pedido, y Él te hubiera dado! Eso es todo. ¡Qué real, qué verdadero, qué gratuito, y qué sencillo!

O escuchemos la voz del siervo en la persona de Lutero: «Oh, mi querido hermano, aprende a conocer a Cristo, y a Él crucificado. Aprende a cantar una nueva canción, a prescindir de obras previas, y a clamar a Él: —*Señor Jesús, Tú eres mi justicia, y yo soy tu pecado. Tú has tomado sobre Ti lo que era mío, y me has dado lo que es Tuyo. Tú te hiciste lo que yo era, para que yo fuera lo*

que no era. Cristo habita únicamente con los pecadores. Medita a menudo en este amor de Cristo, y probarás su dulzura». Sí; el perdón, la paz, la vida, todos estos son dones, dones divinos, traídos desde el Cielo por el Hijo de Dios, presentados personalmente a cada pecador necesitado por el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. No son para ser comprados sino recibidos, como los hombres reciben la luz del sol, completa, segura y gratuita. No deben ser ganados o merecidos por esfuerzos o sufrimientos, u oraciones o lágrimas, sino aceptados de inmediato como la compra realizada por las labores y sufrimientos de Cristo Jesús, [el] gran Sustituto. No se debe esperar por ellos, sino tomarlos en el acto sin vacilación ni desconfianza, como se toma el regalo amoroso de un amigo generoso. No deben ser reclamados sobre la base de la capacidad o bondad propias, sino por nuestra necesidad e indignidad, por nuestra pobreza y vacío.

2. ¿Cuál es mi esperanza?

«Esperaba estar en la cima para esta hora» —dijo un anciano que decidió subir la colina que había detrás de su casa una agradable mañana de otoño. Pero se equivocó de camino y estaba más lejos de la cima que cuando partió. Volvió cansado y decepcionado, como aquellos de los que habla Job cuando dice: «quedaron frustrados *porque habían confiado*» (Job 6:20).

—*A estas alturas esperaba ser feliz*, —dijo un joven, mientras se sentaba al timón de su espléndido velero y navegaba bajo el sol. Pero con todo su oro, y el placer que el oro puede comprar, estaba más abatido y triste que diez años antes, cuando se había propuesto «disfrutar de la vida». Había equivocado el camino, y su alma se encontraba más vacía que nunca. Suspiraba y miraba en vano las olas azules, que no podían ayudarlo. *Quedó frustrado porque había confiado* [en sí mismo]. Había equivocado el camino. Había pasado año tras año, y se había alejado cada vez más de la felicidad. Dios no estaba en ninguno de sus pensamientos.

—*A estas alturas esperaba tener paz con Dios*, dijo un hombre de sesenta años, un día de reposo por la mañana, mientras caminaba rumbo a la casa de Dios. Pero parecía que estaba más lejos que nunca de la paz; y lo entristecía pensar en los años que avanzaban sin ninguna resolución en cuanto a la eternidad. Había equivocado el camino. Se había esforzado, había orado, ayunado, y había hecho muchas buenas obras; había hecho todo menos una cosa: recibir a Cristo. No había considerado todas las cosas como pérdida por Cristo; no había puesto su alma a descansar en el único lugar de reposo. Su vida consistía en realizar obras, pero no en creer; consistía en dudar, pero no en confiar; *y quedó frustrado porque había confiado* [en sí mismo]. Podría haber recibido a Cristo muchos años antes, pero prefirió seguir su propio plan, y

continuó con sus laboriosos esfuerzos para recomendarse a Dios mediante sus devociones y sus obras. La paz por la que había estado trabajando nunca llegó; y no había aceptado la paz que el Hijo de Dios había logrado y consumado a favor del pecador.

Una cosa es confiar, y otra es confiar bien y verdaderamente. Confiar bien es hacerlo conforme a lo que Dios ha revelado acerca de nuestro futuro.

Se ha escrito mucho sobre «los placeres de la esperanza»; y mucho se ha dicho acerca de estos «placeres» que es verdadero y bello; puesto que son abundantes, y el hombre se aferra a estos incluso en los días oscuros y de desesperación. Confiar no es malo. Dios ha puesto esperanza en todo corazón humano; y el Libro de Dios nos hace pensar mucho en esta, y en «lo que se espera».⁴ «Bueno es esperar»⁵ —dijo el profeta. «Sigue esperando, espera siempre», son las palabras expresivas de una máxima que ha sido de ánimo para muchos. La esperanza es «el ancla del alma»,⁶ y frecuentemente se representa en imágenes, símbolos y emblemas, un ancla clavada firmemente en la sólida orilla, que mantiene seguro a un barco golpeado por el viento y las olas.

Sin embargo, para llegar a ser el ancla del alma, la esperanza debe ser algo más seguro y mejor que aquello que el hombre suele llamar por ese nombre. Pues las esperanzas del hombre a menudo no representan más que sus propios deseos y fantasías; e incluso cuando van más allá de estos, y se ocupan de lo que es realmente verdadero y lícito, no son de fiar, y solo duran poco tiempo. Decepcionan, no satisfacen. Engañan y se burlan de quien confía en estos [deseos y fantasías]. No permanecen, sino que se alejan, dejando tras sí solo un vacío y un corazón adolorido. Se desmoronan solos, aunque ninguna mano los toca, y ninguna tormenta los aplasta. No se puede confiar en [nuestros propios deseos y fantasías] ni un solo día. «Vanidad de vanidades, dice el Predicador, vanidad de vanidades, todo es vanidad» (Ecl. 1:2).

Una tarde de agosto, justo antes de la puesta de sol, vimos aparecer repentinamente un arco iris. Parecía surgir de las nubes oscuras que colgaban en el cielo, y atrajo nuestra mirada por su plenitud, pues nada parecía faltarle para que fuera perfecto, ni en color ni en posición. Si bien era uno de los más brillantes, también era uno de los más breves que habíamos visto. Apenas había ocupado su lugar en la nube y desapareció. Aquel hermoso arco era como la esperanza del hombre, tan breve como brillante, tan decepcionante como prometedora.

Se desvaneció del cielo, aunque ninguna mano lo tocó, ni tempestad alguna lo sacudió, dejando atrás nada más que una triste nube a la cual había iluminado por unos momentos. «¿Qué es el hombre?» —dijo. ¿Qué son las esperanzas, los

⁴ Hebreos 11:1.

⁵ Lamentaciones 3:26.

⁶ Hebreos 6:19.

gozos y los planes del hombre? Suben y bajan; van y vienen; brillan, y luego vuelven a la oscuridad. «Las cosas que se ven son temporales» (2 Cor. 4:18).

Tenemos el recuerdo de un día peculiar en la zona desértica del Sinaí, un día no precisamente lluvioso, sino de aguaceros, con un sol claro que aparecía cada vez que escampaba. A nuestra izquierda, sobre unas rocas altas y negras, se elevaban unas neblinas poco densas, o más bien pasaban rápidamente a través de los precipicios oscuros. Sobre estas se formaba un arco iris tras otro en una hermosa sucesión; seis o siete de estos brillaban de forma repentina y luego desaparecían, uno tras otro; eran las cosas más brillantes y a la vez más frágiles que jamás habíamos visto; tan parecidas a lo que es real y permanente, pero tan irreales y perecederas. ¡Qué parecidos son a los sueños y esperanzas del hombre, que decepcionan y engañan al corazón humano con una belleza insustancial! A tales sueños y esperanzas se aferra el pobre corazón, no solo en la juventud, sino también hasta la vejez; y por medio de estos vanos esplendores se aleja de Aquel que es más resplandeciente que todos los resplandores terrenales, el «resplandor de la gloria de Jehová y la imagen expresa de su persona; cuya gloria no cambia; que es el mismo ayer, hoy y siempre».

¡Oh, hombre!, ¿cuándo serás sabio y pondrás tus ojos solo en lo que permanece para siempre, en lo que llenará tu corazón y alegrará tu alma por toda la eternidad?

Hubo una vez una antigua familia escocesa, a la que pertenecían grandes propiedades, y habían vivido juntos durante muchos años sin que ninguno de ellos muriera. Una noche se reunieron todos, con parientes y amigos, padre, madre, hermanas, primos, con el heredero de la propiedad como centro del feliz grupo. Aquella noche fue una de las últimas que estuvieron todos juntos. En pocos años todo cambió, y cada miembro de aquel grupo, que se había sentado con alegría en torno al hogar familiar, fue llevado al panteón de la familia. La propiedad pasó a otras manos, y los árboles antiguos se agitaron sobre otras cabezas. Las esperanzas que resplandecían en cada uno de los rostros aquella tarde se vieron rápidamente pulverizadas, y la fragilidad de los rostros más hermosos de la tierra y de los afectos más tiernos se puso de manifiesto de manera muy triste. Nunca vemos esa vieja mansión familiar sin recordar algún texto que hable de la vanidad de las expectativas humanas. En un mundo moribundo como este, necesitamos una esperanza segura y eterna.

Está escrito: «Destruyes [Tú] la esperanza del hombre».⁷ Sí, así es. No solo la esperanza del hombre se derrumba por sí misma, también Dios la destruye antes de lo esperado. Brota en una noche, y se seca en otra, porque Dios la hiere. No se puede confiar en el hombre para que preserve aquí las cosas terrenales. Estas se convierten en ídolos, y deben ser destruidas; porque «[Jehová] quitará totalmente los ídolos».⁸ Nuestras preciadas esperanzas de un futuro

⁷ Job 14:19.

⁸ Isaías 2:18 (RVR60).

esplendoroso aquí —de una larga vida, salud, comodidad, dinero, prosperidad— han de ser revisadas, pues de lo contrario terminaríamos haciendo de la tierra nuestro Hogar y nuestro Cielo, olvidando la gloria que ha de ser revelada, y los deleites que se encuentran a la diestra de Dios para siempre. «Yo reprendo y disciplino a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepíentete».⁹

Pero Dios no apaga ninguna esperanza sin presentar otra más radiante, una que durará para siempre, pues no se avergüenza de la criatura que ha hecho, ni marchita sus flores más hermosas sin una razón, y esa razón está cargada de sabiduría y amor. Él se preocupa por nosotros. Se interesa por nosotros. Con gusto nos haría feliz. Nos ama demasiado para engañarnos con sueños.

La esperanza del hombre debe ser destruida, para que la esperanza de Dios sea edificada sobre esas ruinas. Lo humano es barrido solo para que lo divino tome su lugar. Lo temporal es puesto fuera de nuestro alcance por misericordia, para que lo eterno sea nuestra porción y herencia.

Por lo tanto, existe lo que Dios llama «una MEJOR esperanza», una que está llena de inmortalidad; una esperanza que Dios mismo da, y que ningún hombre puede robarnos. Es divina y eterna. Trae consigo la paz que sobrepasa todo entendimiento, y gozo indecible y lleno de gloria. No hay decepción en ella, ¡tampoco burla! Es segura y gloriosa, como Aquel de quien [esta esperanza] viene a nosotros. Está relacionada con una corona, una herencia, un Reino, una gloria inmarcesible, una eternidad de un gozo tal que ningún ojo vio, ni oído oyó.

La esperanza que Dios pone delante de nosotros no es algo dudoso, sino seguro y glorioso. Descansa en Su evangelio, cuando se cree en este, nos convertimos en hombres de esperanza.

Porque nada, salvo el evangelio que es creído, puede darnos algo de esperanza, al menos algo de aquello que Dios llama con ese nombre. El evangelio que es creído nos trae paz; y, con la paz, nos trae esperanza. La paz es segura y firme; también lo es la esperanza que brinda.

Este evangelio es la buena nueva acerca de Aquel que murió, fue sepultado y resucitó. Los treinta y tres años entre Su cuna y Su cruz abarcan todo el ámbito de las buenas nuevas. La historia de Su nacimiento, vida y muerte contiene todo lo que necesitamos saber para tener paz.

Entra esta paz en el alma de quien recibe esta historia divina, y allí hace su morada; paz en el creer, la paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. «Más al que no trabaja, pero cree» (Rom. 4:5), esta paz le pertenece; y el que tiene esta paz tiene la esperanza, una esperanza que no avergüenza.

¡Bendita unión de paz y esperanza! No podemos tener esta esperanza sin esta paz, y no podemos tener esta paz sin esta esperanza (Rom. 5:1, 2). Creer en las buenas nuevas nos hace partícipes de ambas.

⁹ Apocalipsis 3:19.

¡En esto consiste el amor! Porque así vemos a Dios proveyendo no solo para nuestro presente, sino también para nuestro futuro, poniendo ante nuestros ojos una corona y un Reino, y al mismo tiempo dándonos la paz con Él mismo aquí en la tierra hasta que venga el Reino. ¡En esto consiste el amor! Porque así vemos a Dios, en Su piedad, secando nuestros pozos terrenales, y al mismo tiempo abriendo para nosotros los pozos de la salvación, «la fuente del agua de la vida».

¡Alza tus ojos, oh hombre, y mira el futuro que tienes por delante! ¿Cómo será? ¿Oscuro o resplandeciente? Tu vida no es más que un vapor.

¿No quieres asegurarte la vida eterna? Se encuentra a tu alcance. Aquel que vino a dar esperanza a los desesperados, vida a los muertos, paz a los atribulados y descanso a los cansados insiste en que la recibas. Lo que Él hizo al morir en la cruz es aquello en lo que tienes que descansar por toda la eternidad. Es un lugar de descanso seguro. No necesitas otro. ¡El que cree entra en ese REPOSO!

Sí; y el que cree entra en una vida nueva, y comienza andar en santidad: una vida y un andar que está en correspondencia con la fe, la cual llega a darse cuenta tanto de la gracia de la Cruz como de la gloria del Reino. «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es»; y el mismo Espíritu Santo que lo condujo a la Cruz, le es dado para que siga a Cristo, y para que sea santo como Él fue santo.

3. En mi lugar

Hace muchos años paseaba con un amigo por las agradables orillas de un río escocés, en uno de los primeros meses del verano, cuando los árboles recién comenzaban a mostrar su fresco verdor y ofrecernos sombra para protegernos del sol. Un hombre en harapos se acercó a nosotros pidiendo limosna. Le dimos algo de comer y comenzamos a hablar con él. No sabía leer ni escribir. No sabía nada de la Biblia, y parecía que no le importaba conocerla.

—*Necesitas ser salvo, ¿no crees?*

—*Oh, sí; supongo que sí* —dijo.

—*Pero, ¿conoces tú la manera de ser salvo?* —le preguntamos.

—*Me atrevo a decir que sí* —fue la respuesta.

—*¿Cómo esperas que eso ocurra?*

—*No he sido un hombre tan malo; y estoy haciendo todas las obras buenas que puedo.*

—*Pero, ¿son tus buenas obras lo suficientemente buenas como para que te lleven al Cielo?*

—*Creo que sí; y estoy haciendo lo mejor que puedo.*

—¿Acaso no conoces ninguna buena obra mejor que la tuya?

—Conozco las buenas obras de los santos; pero ¿cómo puedo obtenerlas?

—¿No conoces ninguna buena obra mejor que las de los santos?

—No creo que pueda haber ninguna mejor.

—¿No son las obras del Señor Jesucristo mejores que las de los santos?

—Por supuesto que lo son; pero ¿de qué me sirven?

—Pueden ser de gran utilidad para nosotros, si creemos lo que Dios nos ha dicho sobre estas.

—¿Cómo es eso?

—Si Dios está dispuesto a aceptar estas obras de Cristo en lugar de las tuyas, ¿no serviría eso?

—Sí, eso serviría. ¿Pero lo hará?

—Sí, lo hará. Porque esto es justo lo que nos ha dicho; Él está dispuesto a aceptar todo lo que Cristo ha hecho y sufrido en lugar de lo que tú podrías hacer o sufrir; y darte lo que Cristo ha ganado por Sus méritos en lugar de lo que tú has ganado por los tuyos.

—¿Es esto realmente así? ¿Está Dios dispuesto a poner a Cristo en mi lugar?

—Sí, ciertamente lo está.

—¿Pero no tengo que hacer buenas obras por mí mismo?

—Muchas; pero no para comprar el perdón con ellas. Debes tomar lo que Cristo hizo como el precio a pagar por tu perdón; y luego, habiendo obtenido así el perdón gratuito, trabajarás para Aquel que te perdona, por amor a Su amor hacia ti.

—Pero, ¿cómo puedo conseguirlo?

—Creyendo el evangelio, o las buenas nuevas, que te hablan del Señor Jesucristo: cómo vivió, cómo murió, cómo fue sepultado, cómo resucitó; todo esto por hombres pecadores, como dice la Biblia: «por medio de Él os es anunciado el perdón de los pecados; y que de todas las cosas [...] por medio de Él, todo aquel que cree es justificado».

El mendigo se quedó en pie y maravillado. La idea de que las obras de [O]tro servirían en lugar de las tuyas, y que él podría obtener todo lo que las obras de este [O]tro merecían, parecía impactarlo.

No volvimos a encontrarnos. Pero la Palabra pareció hablarle; pareció llevarla consigo como algo que nunca había oído antes, algo que parecía casi demasiado bueno para ser verdad.

Más de una vez he hablado de esto desde entonces al ilustrar el evangelio, y me parece que lo demuestra con claridad. El asombro del hombre por el hecho de que las obras de [O]tro obraran en lugar de las tuyas propias era, en sí mismo, una revelación de los efectos producidos por el evangelio de Cristo. «Cristo en lugar de nosotros» es el mensaje que presentamos; Cristo «llevando nuestros

pecados en Su propio cuerpo en el madero»; Cristo haciendo lo que nosotros deberíamos haber hecho, llevando lo que nosotros deberíamos haber llevado; Cristo clavado en nuestra cruz, muriendo nuestra muerte, pagando nuestra deuda. Todo esto para conducirnos a Dios, y lograr hacer nuestra la vida eterna; esta es la palabra segura del evangelio, que todo aquel que cree es salvo, y nunca vendrá a condenación.

Hay algunos que no saben lo que significa la palabra «sustituto» cuando se usa en relación con las cosas comunes; pero es bueno que veamos cómo el correcto conocimiento de esta palabra es la clave para la correcta comprensión del evangelio. «Cristo en lugar de nosotros», o Cristo nuestro Sustituto, es el evangelio o las buenas nuevas de gran gozo que predicaron los apóstoles, y que nosotros podemos anunciar a los hijos de los hombres como su verdadera esperanza incluso en estos postreros días. Las buenas nuevas que llevamos no se refieren a lo que se nos ordena hacer para que Dios se reconcilie con nosotros, sino a lo que el Hijo de Dios ha hecho en nuestro lugar. Él tomó nuestro lugar aquí, en la tierra, para que pudiéramos obtener Su lugar en el Cielo. Como el Perfecto, tanto en Su vida como en Su muerte, como el Hacedor y también como el Sufriente, Él nos es presentado para que obtengamos el beneficio completo de esa perfección tan pronto como recibamos Su evangelio. Toda nuestra imperfección, por grande que sea, se pierde en la plenitud de Su perfección, de tal manera que Dios no nos ve como somos, sino como Él es. Todo lo que somos, lo que hemos hecho, y lo que hemos sido se pierde de vista en lo que Él es, lo que ha hecho, y lo que ha sido.

«Al que no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en Él» (2 Cor. 5:21).

En esta plenitud de la expiación¹⁰ efectuada por el Hijo de Dios, como el Sustituto, el pecador descansa. Es en esto que nos apoyamos en nuestro trato con Dios. Necesitamos a alguien que lleve el pecado, y Dios nos ha dado a Uno que es completamente perfecto y divino. «El castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por sus heridas fuimos sanados» (Isa. 53:5). «Él mismo llevó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero» (1 Ped. 2:24).

En cierta ocasión tratamos con un joven acerca de este asunto. Estaba sentado, con su Biblia frente a él, reflexionando sobre el camino de la vida, y preguntando: ¿Qué debo hacer para ser salvo? Estaba en tinieblas y no veía la luz. Era un pecador, ¿cómo iba a ser salvo? Era culpable, ¿cómo iba a ser perdonado?

—*No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho.*

—*Ciertamente que no; ¿pero cómo entonces?*

—*Por medio de Cristo haciéndolo todo.*

¹⁰ Nota de los traductores: Se refiere a que Cristo llevó el pecado de los creyentes en la cruz.

—¿Pero es esto posible? ¿Puedo ser salvo si otro hace todo en mi lugar?

—No solo es posible, también es cierto. Este es el camino; el único camino. Es el único camino de Dios para salvar al pecador.

—¿Y no debo hacer nada?

—Para poder ser salvo, nada.

—Pero dime cómo podrá ser esto.

—Volvamos a la verdad sobre el Sustituto. ¿Sabes lo que es eso?

—Sí, lo sé. Pero, ¿cómo influye esto en mi caso?

—Cristo se ofrece a ti como tu Sustituto; para hacer lo que deberías haber hecho, para sufrir lo que deberías haber sufrido, para pagar lo que deberías haber pagado.

—¿Quieres decir que Cristo ha pagado realmente mi deuda, y que esto es lo que debo creer para ser salvo?

—No. Tu deuda no está pagada hasta que creas. Después de esto, entonces, está pagada; pagada de una vez por todas, de una vez para siempre; pero no hasta que creas.

—¿Cómo es, entonces, la obra de Cristo como el Sustituto una buena nueva para mí?

—Hay suficiente dinero depositado en el banco para pagar todas tus deudas dos veces; y solo tienes que solicitarlo. Entrega tu cheque, y recibirás el dinero de inmediato.

—Ya veo; ya veo. Es el «creer» lo que me lleva a la verdadera posesión de todos los frutos de la obra que llevó el pecado en la cruz.

—Sí, así es. O permítame decirlo de otra manera. Cristo murió por nuestros pecados. Él es el Sustituto. Se te presenta como tal. ¿Estás dispuesto a aceptarlo como tal, para que pague todas tus deudas y perdone todos tus pecados?

—Sí. Pero déjame ver esto con más detalle; porque parece demasiado sencillo.

—Bueno; ponlo de esta manera: Dios ha proporcionado un Sustituto para los culpables, Quien, hace 1800 años, sufrió por los pecados, el Justo por los injustos. El Padre te presenta a ese completo Sustituto y pide tu consentimiento para el intercambio. El Hijo se presenta ante ti, ofreciéndote ser tu Sustituto. El Espíritu Santo te lo presenta como Sustituto. ¿Aceptas? El Padre está dispuesto, el Hijo está dispuesto, el Espíritu está dispuesto. ¿Estás tú dispuesto? ¿Das tu consentimiento?

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Lo es. Tu consentimiento de tomar a Cristo como tu Sustituto es fe.

—¿Eso es todo? —volvió a preguntar. Entonces brilló la luz sobre él. «Cristo, nuestro Sustituto, fue el amanecer del día».

Así se rompen las cadenas del pecador, y es liberado para servir a Dios. Primero, libertad; luego, servicio; el servicio de los hombres libres de la condenación y de la esclavitud. Es al aceptar al Sustituto divino que el pecador es liberado para servir al Dios vivo. La libertad que fluye del perdón así recibido es el verdadero inicio de una vida santa.

Entonces, si voy a vivir una vida santa, debo comenzar con el Sustituto. Debo tratar con Él para obtener el perdón y la liberación. Así que, siendo por Él «librados de la mano de nuestros enemigos, servimos a Dios sin temor, en santidad y justicia todos nuestros días».

Si he de servir a Dios, y si he de poseer algo de la «verdadera religión», debo empezar con el Sustituto. Porque la religión comienza con el perdón; y sin el perdón la religión es una profesión pobre y tediosa.

«Pero en [Ti] hay perdón, para que seas temido» (Sal. 130:4). Esta es la consigna divina. No es primero el temor de Dios, y luego, el perdón; sino primero, el perdón, y luego, el temor de Dios.

4. «Mucho tiempo»

El mismo Señor Jesús nos ha dado estas palabras en una de Sus parábolas: «Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos» (Mat. 25:19). De este modo, mientras en un pasaje habla de «un poco de tiempo», en otro habla de «mucho tiempo». Poco, pero grande; corto, pero largo; ambos son ciertos; y esta doble expresión es la que compone todo el carácter de la condición del hombre aquí mientras se prepara para el gran día del Señor. Desde el día en que el Maestro dejó la tierra y ascendió al Padre, hasta el día en que venga de nuevo en Su gloria para sentarse en el temible trono, ante el cual serán reunidas todas las naciones, es, en un sentido, mucho tiempo, tal como los hombres cuentan los años y las edades. Pero, en otro sentido, no es más que un poco de tiempo, si contamos el tiempo como Dios lo cuenta, y lo comparamos con la vasta eternidad en la que será absorbido.

La vida es un vapor, y eso es poco; la vida es un viaje, y eso es largo. La vida es un tramo, y eso es poco; la vida es un período hecho de muchos días, semanas, meses y años, y eso es largo. La vida es una parada, y eso es rápido; la vida es una peregrinación, y eso es lento. La vida es como el águila que se apresura hacia su presa; la vida es un tiempo de peregrinaje. La vida es una lanzadera de tejedor; la vida son ochenta años, y antes eran casi mil.

Para algunos propósitos un día es un tiempo corto, mientras que para otros es un tiempo largo. En algunas circunstancias, un año es un tiempo corto, mientras que en otras es un tiempo muy largo. Depende mucho de lo que haya

que hacer en ese período, y nuestras ideas de largo y corto, en tales casos, están influenciadas por la cantidad de trabajo que hay que realizar.

—*Parecía una eternidad* —dijo un viajero entre los Alpes, quien se encontraba herido por una caída en una profunda grieta de hielo— *antes de que mis guías volvieran de la aldea con sogas para rescatarme*. Sin embargo, solo habían pasado dos horas. Pero él no había medido el tiempo por momentos o minutos, sino por sus sufrimientos y el peligro [que corría].

Cuenta una señora la siguiente historia acerca de un viejo campesino alemán que visitaba. Él tenía un pequeño jardín en el que había unos cuantos manzanos cubiertos de frutos. Se divertía diariamente paseando por su jardín y recogiendo las manzanas que caían. Un día, la señora se encontró con él mientras estaba ocupado.

—*¿No te cansas, amigo mío,* —dijo ella— *al agacharte tan a menudo?*

—*No, no,* —dijo él, sonriendo, y ofreciendo un puñado de frutas maduras.

—*No me canso,* —y añadió— *solo espero, espero. Creo que estoy madurando ahora, y pronto debo caer; entonces el Señor me recogerá. Oh,* —dijo él, hablando con seriedad a la dama— *eres joven todavía, apenas en flor; vuélvete bien hacia el Sol de Justicia, para que madures bien.*

Aquí se hallaba el «mucho tiempo» que toma el crecimiento y la maduración; no mucho en un sentido, pero largo en otro; lo suficiente para crecer y crecer; lo suficiente para madurar y madurar. Es de este «mucho tiempo» del que nos habla el Señor en esta parábola de los siervos.

El poeta italiano, encarcelado cruelmente en una oscura celda, es representado pronunciando estas dolorosas palabras: «Largos años, largos años». Porque así le parecían en su triste soledad. Y en un sentido similar usamos a menudo las palabras «todo el día», «toda la noche», y también «todo un largo año»; así la palabra «mucho» ha adquirido un significado peculiar, expresando no solo la cantidad real de tiempo, sino también el número de acontecimientos que se han acumulado en el período, como si las pruebas por las que se pasa hubieran alargado el tiempo.

Es hacia este sentido solemne de la expresión «después de mucho tiempo» al que dirigimos ahora el pensamiento del lector. Queremos hacerle sentir la responsabilidad que recae sobre todo hombre por el «mucho tiempo» que Dios nos da para prepararnos para la eternidad que se avecina.

Dios no tomará a nadie por sorpresa. Es demasiado justo y demasiado piadoso como para hacerlo. Él advierte antes de actuar; es más, da mil advertencias, incluso durante la vida más corta. Cada día está hecho de advertencias, demasiado claras para ser malinterpretadas y demasiado fuertes para no ser escuchadas. En el gran día del Juicio final, nadie podrá decir: —*No me avisaron de lo que iba a suceder; me apresuraron a ir al tribunal sin avisarme ni darme tiempo para prepararme*. Un timonel que dirige su barco por las rocas al mediodía con sus ojos abiertos para ver los acantilados y sus

oídos atentos para escuchar las olas no tiene excusa. En St. Abb's Head, en la costa este de Escocia, muchas embarcaciones han naufragado en el pasado cuando el fuerte viento del este procedente del océano alemán las llevó contra la peligrosa costa de sotavento.¹¹

Hace algunos años se construyó un faro y se instaló una curiosa «sirena de niebla» cuyo sonido de advertencia se oye a kilómetros de distancia cuando hay niebla, ya sea de día o de noche. Ningún timonel que naufrague en estas terribles rocas puede decir ahora: —*No me avisaron de que estaban tan cerca*, porque en las noches claras la luz del faro brilla para avisarle del peligro, y en la espesa niebla gris la «sirena de niebla» suena con su ronca nota para decir: ¡Cuidado! Así también, la luz y la voz del Cielo advierten perpetuamente a los hijos de los hombres y les dicen: —*Prepárate para encontrarte con tu Dios*. ¡Muchas son las advertencias de un día o de una semana!; ¡muchas más son las de un año!; ¡innumerables son las de toda una vida! Ningún hombre podrá decir que pereció desprevenido, o que Dios lo tomó por sorpresa.

La «sirena de niebla» que da su sonido a través de la neblina suena de forma angustiosa, y parece la voz de alguien que grita en el desierto: «Huye de la ira que vendrá»; «[a]rrepíentete, arrepíentete»; «[v]uélvete, vuélvete, pues ¿por qué habrías de morir?». Así Dios nos llama cada día en voz alta, y nos señala desde las rocas el puerto seguro en Jesucristo nuestro Señor, el único puerto que ninguna tormenta puede alcanzar.

Dios nos da tiempo suficiente para volvernos y vivir. Cuando un maestro le asigna a su alumno una tarea de unas cuantas páginas y le dice: —*Te doy una semana para que la hagas*, le concede «mucho tiempo», pues la tarea podría hacerse en una hora. Entonces, cuando Dios dice: «Buscadme y viviréis» (Amó. 5:4), o «Conoced ahora a Dios y estad en paz» (Job 22:21), y nos da toda una vida para ello, nos está dando «mucho tiempo». Nos demoramos, nos retrasamos, y holgazaneamos; de modo que pasa un año tras otro, y no estamos más cerca de Dios que al principio. Pero nuestras demoras no cambian a lo largo del tiempo. Lo convertimos en algo corto por nuestra insensatez; pero en realidad fue largo para lo que había que hacer: el único paso que debía llevarnos a Cristo y colocarnos bajo la sombra de Su cruz. Para eso hubo tiempo suficiente, incluso en la vida más corta; de modo que nadie puede decir al final: —*No me dieron tiempo para prepararme para la eternidad, y me precipité a la tumba sin tiempo para buscar al Señor*. «Le he dado tiempo para arrepentirse» (Apo. 2:21) son las palabras de advertencia dirigidas a los pecadores de Tiatira; y Él nos dice las mismas palabras. El mensaje sigue siendo: ¡Todavía hay tiempo para arrepentirse! «Arrepíentete» es la esencia de la exhortación, y Dios añade: —*¡Te doy margen para arrepentirte!*

¹¹ Nota de los traductores: *sotavento* — «La parte opuesta a aquella de donde viene el viento con respecto a un punto o lugar determinado» (*Diccionario de la lengua española*, 23.^a ed., [Madrid, España: Real Academia Española, 2014]).

Este «mucho tiempo» es de larga duración. «El Señor es muy compasivo, y misericordioso» (Stg. 5:11). Él perdona perpetuamente; anhela al pecador; le suplica con toda la seriedad y sinceridad de Dios que se reconcilie con Él. Sobrelleva los rechazos, insultos y provocaciones, el odio, el desprecio y la frialdad sin azotar al que rechaza Su amor, y sin vengarse de Sus enemigos. Él «no se irrita», sino que «todo lo sufre, [...] todo lo soporta», «[n]o queriendo que ninguno perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento» (2 Ped. 3:9). Él renueva cada día Su oferta de perdón, con una longanidad que parece no conocer límites, y con una profunda sinceridad que es capaz de ganar al más obstinado y desconfiado de los hijos de los hombres. «Considerad la paciencia de nuestro Señor como salvación», ¡pues nada menos que a la salvación apunta esta longanidad! «¿Por qué habéis de morir?» —es la pregunta urgente de Dios al pecador negligente— *¿No te he dado tiempo suficiente para buscar y encontrar la vida eterna? ¿No te estoy suplicando seriamente que te reconcilies Conmigo?*

Este «mucho tiempo» es la oportunidad del hombre. ¿Se puede encontrar el perdón? ¡Ahora es el momento! ¿Se puede obtener la vida eterna? ¡Ahora es el momento! ¿Hay que ganar el Cielo? ¡Ahora es el momento! ¿Hay que entrar por la puerta estrecha y seguir el camino angosto? ¡Ahora es el momento! ¿Hay que salvar el alma inmortal, recibir una corona y poseer un Reino? ¡Ahora es el momento! ¿Hay que romper las cadenas, huir de la prisión, cambiar las tinieblas por la luz y evitar el dolor eterno? ¡Ahora es el momento! ¡Esta es tu oportunidad, oh hombre! ¡Aprovéchala y utilízala antes de que desaparezca para siempre! Hay peligro por todas partes; el infierno está tendiendo sus trampas; la tormenta se está formando; pero todavía hay tiempo. Todo el Cielo brilla a lo lejos, a la vista de todos; la puerta está tan abierta como el amor de Dios puede abrirla; el Hijo de Dios te llama; los ángeles te invitan a entrar; los embajadores terrenales te suplican; ahora es tu oportunidad; ¿la dejarás escapar? ¿Es tan poca cosa perder el Cielo, tu alma y la alegría eterna? ¡Oh, hombre, no te demores!

Este «mucho tiempo» finalmente terminará. El Maestro regresará y llamará a Sus siervos para que rindan cuentas de la forma en que han empleado el tiempo y han utilizado los dones. El año aceptable del Señor terminará con el día del Juicio; y esa venganza será real, porque es la venganza de Dios. El «mucho tiempo» que se nos concede aquí a fin de que nos preparemos para el gran día de dar cuentas no será nada comparado con el tiempo mucho más largo de la eternidad infinita, una eternidad de oscuridad cada vez más profunda, o de gloria cada vez más gloriosa.

Todo esto nos hace hablar con más seriedad, sabiendo lo rápido que está pasando el «mucho tiempo». El tiempo se está acabando, la vida está llegando a su final, el Juez viene; el largo tiempo se desvanecerá en «un poco de tiempo»; el «poco de tiempo» desaparecerá, y comenzarán los siglos eternos. Prepárate para encontrarte con tu Dios. Hace poco tiempo, cuando se hicieron cambios en una iglesia inglesa, se encontró un antiguo púlpito que había permanecido

oculto durante muchos años. Estaba bellamente tallado, y alrededor de su parte superior se habían grabado estas palabras en la madera, todavía claramente legibles: «Alza tu voz como trompeta, clama a voz en cuello» (Isa. 58:1). Esto es lo que estamos haciendo en la actualidad, para que todo aquel al que llegue esto sepa el peligro al que se expone si aún no se ha reconciliado con Dios.

¡Hay reconciliación! Este es nuestro mensaje mientras nos situamos bajo la cruz y hablamos a un mundo moribundo. ¡Hay reconciliación por medio de la sangre del sacrificio!; hay paz en el altar donde Dios está de pie para recibir al pecador. El Hijo de Dios ha realizado una obra poderosa sobre la que descansa la reconciliación, y por medio de la cual se ofrece la amistad eterna de Dios al más antiguo y obstinado de los rebeldes de la tierra. Esa palabra supera a todas las demás.

¡Es suficiente! No intentes añadirle ni quitarle nada. Tómala como lo que es; tómala como lo que Dios declara que es, y entra en la paz adquirida. Es una paz justa, edificada sobre la obra terminada del Sustituto. Habla de ese Dios que «justifica al impío», y de esa ofrenda de paz por medio de la cual ha llegado a ser algo justo que el impío sea justificado. Le dice a cada rebelde: Toda esta paz, amistad y perdón llegan a ser la propiedad segura y presente de todo aquel que renuncia a su propia posición por naturaleza —en sí mismo— ante Dios, y consiente en presentarse ante Él sobre la base de la obra y los sufrimientos de Otro: la obra y los sufrimientos del Verbo hecho carne; de Aquel que, siendo rico, sin embargo por amor a nosotros se hizo pobre, para que por medio de Su pobreza llegáramos a ser ricos (2 Cor. 8:9).

5. No puedo soltarme

Había buena altura entre la cubierta de la embarcación y el agua, y no había ninguna escalera, ni de cuerda ni de hierro, al lado de un pobre muchacho para que pudiera descender y llegar al bote que se encontraba abajo.

El muchacho miró y vio su situación. Allí estaba el bote, y aquí estaba el barco que se hundía lentamente. Oyó gritos que se dirigían a él desde abajo; vio a unos cinco o seis hombres robustos que esperaban para atraparlo; pero no podía decidirse a abandonar su posición.

Vio el oleaje del mar, que hacía subir y bajar el bote; observó también la distancia que lo separaba de sus salvadores, y su corazón desfallecía. ¿Y si no lograba caer en el bote y caía al mar, en lugar de hacerlo en los brazos extendidos [que lo esperaban] abajo? Se aferró a la cuerda con todas sus fuerzas, e hizo como si fuera a volver al barco. Pero le volvieron a gritar: —*¡Suelta la cuerda!* No se atrevía a volver, y tenía miedo de dejarse caer. Así que se aferró a la cuerda

como si fuera su única seguridad. De nuevo se oyeron los gritos: —*¡Suéltala!* Su respuesta fue: —*No puedo soltarme.*

Por fin, a medida que aumentaba el peligro, las voces fuertes pero amables de abajo vencieron su miedo y desconfianza. Se «soltó» y, sin esfuerzo, se dejó caer en los fuertes brazos que lo esperaban.

Estaba a salvo; y al darse cuenta de su seguridad, no pudo evitar sonreírse de su propia locura de negarse a soltarse y decir que no podía como razón para no hacerlo.

«No puedo creer en Cristo» es la queja que oímos a menudo de los indagadores. ¿Qué significa eso? ¿Lo dicen en serio? ¿Han considerado lo que dicen? ¿No son exactamente como el pobre muchacho que colgaba del casco del barco a vapor y gritaba «no puedo soltarme»? Si hubiera tenido confianza en el bote que se encontraba abajo y en los hombres que allí estaban, ¿habría permanecido en esta extraña posición y habría seguido gritando algo tan extraño? ¿No estaba teniendo más confianza en la cuerda a la que se aferraba que en el bote que estaba listo para recibirlo? Vio el peligro, de lo contrario no habría agarrado la cuerda; pero tenía la sensación de que había menos peligro en aferrarse a la cuerda que en dejarse caer al bote. Así que continuó aferrándose con todas sus fuerzas a lo que no podía salvarlo. Si su seguridad hubiera dependido de que se aferrara a la cuerda, gritar «no puedo aguantar más, se me han acabado las fuerzas» habría sido de lo más natural y comprensible; pero, cuando su seguridad dependía de que dejara de aferrarse a lo que no podía salvarlo, y que simplemente se dejara caer sobre lo que sí podía salvarlo, el grito se tornó insensato y falso.

Lo mismo ocurre con la queja de los ansiosos a la que nos hemos referido. No ven la puerta abierta del arca, los brazos extendidos del Libertador. Es ese Libertador el que les grita: —*Suéltate; te espero con los brazos abiertos para recibirte.* Pero ellos parecen pensar que Él les está ordenando que hagan algo muy grande, que hagan un esfuerzo prodigioso con sus propias fuerzas; por eso responden a todos Sus mensajes de gracia: —*¡No puedo, no puedo!* Él los ve aferrándose a sí mismos con todas sus fuerzas, y les dice: —*Suéltense, suéltense;* pero ellos responden: —*No podemos!* ¿No es esto una locura? ¿No es un rechazo a Su obra consumada?

Cuando Jesús llamó a Zaqueo para que bajara de su sicómoro, supongamos que el publicano hubiera respondido: —*¡No puedo!* ¿Qué habría querido decir? Si el Señor le hubiera ordenado subir al árbol, tal vez podría haber dicho: —*¡No puedo!*, pero cuando Cristo dice: —*¡Desciende!*, la excusa habría sido absurda.

Supongamos que el padre le hubiera dicho al hijo pródigo cuando lo recibió: —*Entra en la casa, toma la mejor ropa, pónstela y ven a verme,* podría haber tenido algún sentido que el hijo dijera: —*¡No puedo!* Pero cuando el padre dice a los sirvientes: «traed la mejor ropa y vestido», tal excusa habría sido absurda, y solo habría delatado la absoluta falta de voluntad del hijo para recibir la ropa. Porque el padre no deja nada a cargo del hijo; lo único que desea es que

reciba; y es como si hubiera dicho: —*Permíteme vestirme y ponerte la mejor ropa*. Él se encarga de todo, de vestirlo y también de proveer la ropa misma.

Eso que muchos llaman *la dificultad de creer* es la esencia de la justicia propia. Sí; esto es lo que está en la raíz de tal dificultad, o más bien es la raíz de esta. Los hombres se aferran al yo como el joven se aferraba a la cuerda; no se pueden soltar; y gritan todo el tiempo que no pueden.

Reconozco que es difícil. Es una raíz de amargura. Pero es mucho más profunda de lo que muchos piensan. Es mucho más grave y peor de lo que admiten los que hablan de ello. La dificultad está en la determinación del hombre [de aferrarse] a la justicia propia. No está dispuesto a soltarla, y dice: —*¡No puedo!*, para encubrir la culpa del —*¡No quiero!* En lo más profundo del ser depravado del hombre se encuentra este terrible mal, que solo Dios puede eliminar, esta determinación de no renunciar a sí mismo. Se engaña a sí mismo tristemente en este asunto, para encubrir su culpa y culpar de su incredulidad a Dios. Afirma que tiene que hacer algo muy grande, ¡aunque Dios ha declarado cien veces que lo grande está hecho! Quiere hacer la gran cosa, y obtener el crédito por haberla hecho; y como Dios ha declarado que lo grande está hecho, «de una vez para siempre», y que nunca se volverá a hacer, el hombre se encierra en sí mismo, y trata de conseguir en su interior otra gran cosa [que hacer], y con su correcta realización agradará a Dios y satisfará su propia conciencia. Aceptar la gran cosa [ya] hecha [por Dios] es aquello a lo que Él lo apremia como algo total y absolutamente suficiente para su salvación y su paz. Pero el hombre lo rechaza. Piensa que debe esperar, obrar, luchar y llorar antes de estar en condiciones de aceptar; por eso responde «no puedo» a todos los mensajes de los «mensajeros de paz». No quiere hacer lo que Dios desea que haga; lo sustituye por otra cosa propia, algún proceso de preparación para la aceptación; y como encuentra que no hace ningún progreso en esta obra de «humildad voluntaria», dice: —*¡No puedo!*

Dios lo enfrenta cara a cara con la cruz, diciéndole: —*¡Mira y vive!* Pero él piensa que esto es demasiado sencillo, ¡y se aleja buscando algo que hacer! Dios pone la fuente delante de él y le dice: —*Lávate*. El hombre responde: —*No puedo*, y se aleja buscando otra cosa. Dios le trae la mejor ropa, la justicia del Justo, y le ofrece vestirlo con esta. Pero esto es demasiado sencillo. No le deja nada que hacer: nada más que ser vestido por la mano de otro con el vestido de otro. Y así, con fingida humildad, pospone la aceptación de la ropa, jargumentando que no puede ponérsela! Dios lo enfrenta con Su amor gratuito y le dice: —*Tómalo y descansa*. Pero como esto todavía da por sentado que la gran cosa [ya] está hecha, en virtud de la cual este amor gratuito ha de fluir en el pecador, y que Dios quiere ahora que, para su aceptación, él reconozca sencillamente esta gran obra y su completitud, el hombre vacila o se aparta totalmente de la propuesta divina, negándose a dejar que el amor fluya en él, ¡solo porque es absolutamente gratuito! Es como el general sirio, a quien Eliseo le dijo que se lavara en el Jordán para que su lepra fuera curada. «Pero Naamán

se enojó, y se iba diciendo: He aquí, yo pensé: “Seguramente él vendrá a mí, y se detendrá e invocará el nombre del Señor su Dios, moverá su mano sobre la parte enferma y curará la lepra”. ¿No son el Abaná y el Farfar, ríos de Damasco, mejor que todas las aguas de Israel? ¿No pudiera yo lavarme en ellos y ser limpio? Y dio la vuelta, y se fue enfurecido» (2 Rey. 5:11-12). ¿Acaso no podemos dirigirnos al hombre con las palabras de los siervos [de Naamán] en aquella ocasión: «si el profeta te hubiera dicho que hicieras alguna gran cosa, ¿no la hubieras hecho? ¡Cuánto más cuando te dice: “Lávate, y quedarás limpio!”!» (2 Rey. 5:13).

Sin embargo, la sencillez del evangelio no disminuye la depravación del hombre, ni sustituye la necesidad del poder del Espíritu Santo. Es con respecto a este evangelio gratuito que el «corazón malo de incredulidad» del hombre siempre se ha manifestado con mayor fuerza. El evangelio es sencillo, la fe es sencilla, la Palabra es sencilla, el camino es sencillo, la cruz es sencilla; pero el corazón del hombre está totalmente en contra de esto. Se resiste y rechaza. Prefiere un camino propio, y le echa la culpa de su propio mal a Dios.

De ahí la necesidad del Espíritu Santo, por Cuya mano el Todopoderoso obra en el alma humana de maneras tan invisibles y sencillas que, cuando el hombre ha creído por fin, se pregunta cómo ha podido mantenerse alejado y resistirse durante tanto tiempo a un evangelio así. El Espíritu opera para desarmar la enemistad, quitar la dureza, abrir los ojos y renovar la voluntad. «El viento sopla donde quiere, [...] pero no [sabemos] de dónde viene ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (Jua. 3:8).

Es la profunda depravación del hombre y su separación total de Dios lo que hace indispensable el poder del Espíritu Todopoderoso para su renovación. No obstante, es de gran importancia que no se le permita hacer uso de esa depravación como excusa para no volver a Dios, o abusar de la doctrina de la obra del Espíritu convirtiéndola en una razón para aferrarse a sí mismo, y negarse a creer en el evangelio; como si estuviera más dispuesto a que se obre en él que lo que está el Espíritu a obrar, o como si quisiera creer, pero el Espíritu no lo ayudara.

Fue la culpa del hombre la que hizo necesaria la cruz; porque si esa culpa permaneciera sin ser quitada, todo lo demás sería vano. Estar bajo la condenación sería estar excluido del Reino para siempre. Tener al Juez de todos contra él en el gran Día sería una condena segura. La [obra de Cristo en la] cruz fue para quitarnos de encima esa culpa y depositarla en Otro; en Aquel que es capaz de soportarlo todo; en Aquel que es poderoso para salvar. Lo que debía caer sobre el pecador cayó sobre Él, para que el pecador quede libre. El Juez está satisfecho con la obra realizada en el Calvario, y no pide más. [C]uando el pecador es llevado por el Espíritu Santo a estar satisfecho con lo que satisfizo al Juez, las cadenas que ataban la carga a sus hombros se rompen, y la carga cae, para desaparecer para siempre, enterrada en la tumba del Sustituto, de la que [la carga] no puede levantarse.

6. ¿A dónde?, ¿a dónde?

A principios del siglo pasado murió un cristiano estadounidense anciano que dejó en su lecho de muerte este mensaje a su hijo: «Recuerda que hay UNA LARGA ETERNIDAD». Pero esto no fue todo. Dejó a su familia un último mandato: que el mismo mensaje se transmitiera a la siguiente generación, y de esta a la siguiente, mientras quedara algún miembro de su posteridad. El mandato fue obedecido. Una generación tras otra recibió el solemne mensaje: «Recuerda que hay una larga eternidad». Y se nos dice que las palabras dieron fruto en la conversión de hijos, nietos y bisnietos.

Es acerca de esta larga eternidad que Dios nos habla tan a menudo en Su Libro con las palabras «eterno», «sin fin», «por los siglos de los siglos». Es acerca de esta larga eternidad que nos habla cada lecho de muerte, cada mortaja, cada ataúd, cada sepulcro. Es acerca de esta larga eternidad que nos habla cada año que termina y cada año nuevo, señalando los años interminables que están más allá de los breves días del tiempo, breves días que nos apresuran sin descanso a la vida o a la muerte que ha de ser el resultado de todas las cosas en la tierra. De esa eternidad podemos decir que sus años serán tantos como las hojas del bosque, o como los granos de arena a la orilla del mar, o como las gotas del océano, o como las estrellas del cielo, o como las briznas de la hierba, o como los destellos del rocío, todo esto multiplicado. Y quién puede contar estos números, o concebir la prodigiosa suma: millones y millones de años.

Un viajero cuenta que hace algunos años en la habitación de un hotel donde se alojó había colgada una gran hoja impresa con estas solemnes palabras: «Conoce estas cosas, oh hombre: Un DIOS, un momento, una eternidad».

Seguramente sería sabio que pensáramos en palabras como estas, tan breves, pero tan llenas de significado.

Richard Baxter menciona el caso de un ministro de su época, cuyo tono de predicación se vio afectado por las palabras que escuchó al visitar a una mujer moribunda, que «a menudo y con vehemencia» —dice— «gritó» en su lecho de muerte: «¡Oh, haz retroceder el tiempo, hazlo retroceder!». Pero querer que el tiempo retroceda es tan imposible como procurar acortar la eternidad. «Esta pulgada de tiempo apresurado», como lo llama ese noble predicador, no puede alargarse; y si no se usa bien o se redime, se pierde para siempre. Mientras Dios vive, el alma debe vivir; porque «en Él vivimos, y nos movemos, y tenemos nuestro ser».

Nuestro futuro en mente no es un sueño ni una fábula. Será tan real como lo ha sido nuestro pasado, o incluso más. La incredulidad puede tratar de persuadirnos de que es una sombra o una fantasía, [p]ero no lo es. Es infinita e indeciblemente real; y las épocas que nos preceden, a medida que van y vienen, traerán consigo realidades en comparación con las cuales todas las realidades

pasadas serán nada. Todas las cosas que nos conciernen se vuelven cada día más reales, y este aumento de la realidad continuará a lo largo de los siglos venideros.

¿A dónde?, ¿a dónde? Esta no es una pregunta ociosa, es una interrogante a la que cada hijo de hombre debería buscar una respuesta inmediata. El hombre fue hecho para que contemplara el futuro a largo plazo; y esta pregunta es una que debería saber cómo plantear y cómo responder. Si no lo hace, tiene que haber algo tristemente equivocado en él. Porque Dios no le ha negado los medios para responder correctamente.

¿A dónde?, ¿a dónde?, hijo de la mortalidad, ¿no lo sabes?, ¿no te interesa saberlo?, ¿no te interesa descubrir cuál ha de ser tu existencia y dónde has de pasar la eternidad? Tu todo está envuelto en ello, ¿y no te importa?

¿A dónde?, ¿a dónde?, ¿odias la pregunta?, ¿interrumpe tu descanso y estropea tus placeres?, ¿inquieta tu conciencia y ensombrece tu vida? Sin embargo, ya sea que la odies o que la ames, un día tendrás que enfrentarla cara a cara. Un día te harás esta pregunta y tendrás que responderla. Tal vez, cuando te la estés planteando y estés tratando de responderla, el Juez puede venir, y la última trompeta puede sonar. «Mientras [...] iban a comprar, vino el novio» (Mat. 25:10).

¿A dónde?, ¿a dónde? Pregúntale a la hoja que cae. Esta te responde: —*No sé*. Pregúntale al viento inquieto. Te responde: —*No lo sé*. Pregúntale a la espuma sobre la ola. Te dice: —*No lo sé*. Pero el hombre no es nada de eso. Está obligado a considerar sus perspectivas, y averiguar hacia dónde va. No es una hoja, ni una nube, ni una brisa, que no saben de dónde vienen ni a dónde van. Sabe que hay un futuro de algún tipo ante él, y que en ese futuro debe entrar pronto. ¿Qué será de él? Esa es la pregunta.

¿A dónde?, ¿a dónde? Ve al puerto, donde hay una docena de barcos que se preparan para partir. Acércate al capitán y pregúntale: ¿A dónde vamos? ¿Responderá: «No sé»? Ve a la estación de ferrocarril y pregunta al conductor del tren que acaba de partir: ¿A dónde va? ¿Responderá: «No lo sé»? No; estos hombres tienen más sabiduría que ir a donde no saben, o emprender un viaje sin preocuparse de su fin. ¿Serán capaces los hijos del tiempo de responder a tales preguntas en cuanto a su ruta y destino, y un hijo de la eternidad seguirá en la oscuridad, sin prestar atención a la sombra en la que está pasando, y descansando su inmortalidad en una mera casualidad?

Pero, ¿puedo recibir una respuesta a esta pregunta aquí? ¿Puedo asegurar mi eternidad mientras estoy aquí en la tierra?, y ¿puedo saber que la he asegurado de tal manera que podré decir: «Estoy en camino hacia el Reino, sea esta vida presente larga o corta, la vida eterna es mía»?

El evangelio que Dios nos ha dado es el que nos permite responder a la pregunta: «¿A dónde?, ¿a dónde?», porque nos muestra el camino al Reino, un camino no lejano, sino cercano; un camino no inaccesible, sino muy accesible; un camino no costoso, sino gratuito; un camino no para los buenos, sino para los malos; un camino no oculto, sino claro y evidente. «El que anduviere en este

camino, por torpe que sea, no se extraviará» (Isa. 35:8). Aquel a quien el Padre ha enviado para que sea «el Salvador del mundo» dice: «Yo soy el camino».

El conocimiento de ese camino lo es todo para nosotros, porque el que lo conoce, sabe a dónde va; y el que no lo conoce, no sabe a dónde va. La respuesta correcta y segura a la pregunta «¿A dónde?» depende enteramente de nuestro verdadero conocimiento del camino, [p]ues el mundo está en tinieblas, y no puede decirnos nada del camino; ni puede en lo más mínimo capacitarnos para responder a la terrible pregunta: «¿A dónde voy con todos estos pecados míos, y con un día de Juicio en perspectiva, y con la certeza de que debo dar cuenta de las obras hechas mientras estaba en el cuerpo?»

Por lo tanto, para obtener la respuesta a esta pregunta, debemos llegar de inmediato a las «buenas nuevas», las buenas noticias que Dios nos ha enviado acerca de Aquel que «murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó». Creer en estas buenas nuevas es lo que nos conecta con Él; y al hacerlo, nos permite responder a la pregunta: «¿A dónde voy?». Porque si estamos unidos a Él, entonces ciertamente vamos a donde Él fue antes que nosotros. Al creer en el evangelio tomamos posesión de esa vida eterna que Él ha asegurado para los pecadores por Su muerte en la cruz como propiciación por el pecado.

Conocimos a alguien que, lleno de temor por el futuro desconocido, buscó durante años una respuesta a la pregunta sobre sus propias expectativas eternas. Se esforzó, oró y luchó, esperando que Dios se apiadara de sus esfuerzos y le diera lo que buscaba. Al final de muchos largos y agotadores años, llegó a ver que lo que había estado esforzándose por hacer para ganar el favor de Dios, otro ya lo había hecho, y lo había hecho mucho mejor de lo que él podría hacerlo alguna vez. Vio que aquello por lo que se había estado esforzando durante años para persuadir a Dios de que se lo diera, podría haberlo conseguido, desde el principio, sencillamente creyendo en las buenas nuevas de que no había necesidad de toda esta larga espera, trabajo y oración; y que ahora, por fin, al recibir el testimonio divino de la Persona y la obra del Unigénito del Padre, podía contar con certeza con el favor de Dios para sí mismo, como alguien que había creído en el testimonio que Dios había dado de Su Hijo (1 Jua. 5:10-12). Creyendo así, «entró en el reposo», el reposo presente del alma que es el resultado de un evangelio que se ha creído, y la garantía del reposo futuro que queda para el pueblo de Dios.

Decirle a cualquier pecador que debe responder a esa pregunta trascendental, «¿A dónde?», y no hablarle de la provisión divina hecha para que la responda, sería solo burlarse de él. Pero pedirle una respuesta, dándole a conocer la gracia de Cristo y el camino abierto a Dios, es alegrar su alma, mostrándole cómo puede encontrar de inmediato los medios para responder, sin obrar, sin esperar, y sin capacitarse para obtener el favor de Dios.

Para el espíritu atribulado, presentamos el perdón gratuito e inmediato que el evangelio pone en nuestras manos, un perdón que ninguna oración o esfuerzo

nuestro puede hacer más gratuito o más cercano; un perdón que fluye directamente de la propiciación consumada de la cruz; un perdón para el impío y el indigno; un perdón que, al mismo tiempo que glorifica a Aquel que perdona, trae libertad y liberación inmediatas al que es perdonado.

«Por tanto, hermanos, sabed que por medio de Él os es anunciado el perdón de los pecados; por medio de Él, todo aquel que cree es justificado» (Hch. 3:38, 39). Si somos justificados, entonces conocemos nuestro futuro así como nuestro presente; porque «a los que justificó, a esos también glorificó» (Rom. 8:30).

«Todo está oscuro», dijo un joven moribundo que había jugado con la gran pregunta durante toda su vida. «Tengo mucho miedo», expresó otro en circunstancias similares. «He provisto para todo menos para la muerte», confesó un viejo general cuando estaba falleciendo. «No hay piedad para mí», fue el grito en el lecho de muerte de alguien que prometía en sus primeros años de vida, pero se había echado totalmente atrás. «Me estoy muriendo» —dijo otro— «y no sé a dónde voy». Tales muertes son realmente dolorosas.

La oscuridad los cubre. Ningún rayo de esperanza ilumina la penumbra. Pero el que ha aceptado esta gran salvación se eleva por encima de estos temores e incertidumbres. La luz de la cruz brilla sobre él, y mira el vasto futuro sin alarmarse. —*Sé a quién he creído, —dice— y conociéndolo, sé a dónde voy. Voy a pasar una eternidad con Aquel a quien amo sin haberlo visto. Voy a la ciudad que tiene cimientos; y aunque los gusanos destruyan este cuerpo, aun en mi carne veré a Dios.* La pregunta «¿A dónde?» no le causa ningún temor. Sabe que todo está bien. La eternidad es para él una palabra de gozo. Ha creído; y está seguro de que su fe no será avergonzada. La sencilla palabra del Hijo de Dios: «El que cree no es condenado», le basta para descansar en la vida y en la muerte.

7. «El mundo pasa»

Las cosas que se ven son temporales. Nuestro mundo se está muriendo, y aquí [en la tierra] no tenemos una ciudad permanente. Sin embargo, dentro de unos años —puede ser menos—, todas las cosas aquí cambiarán. Dentro de unos pocos años, —puede ser menos—, el Señor habrá venido, la última trompeta habrá sonado, y la gran sentencia habrá sido pronunciada sobre cada uno de los hijos de los hombres.

Existe un mundo que no pasa.¹² Es hermoso y glorioso. Se llama «la herencia en luz». Es radiante por el amor de Dios y el gozo del Cielo. «El Cordero es su lumbrera». Sus puertas son de perlas; siempre están abiertas. Y

¹² Nota de los traductores: Véase 1 Juan 2:17.

cuando hablamos a los hombres de esta maravillosa ciudad, les decimos que entren en esta.

El libro del Apocalipsis nos cuenta la historia de la vanidad de la tierra: «Entonces un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó al mar, diciendo: Así será derribada con violencia Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada. Y el sonido de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti; ni artefacto de oficio alguno se hallará más en ti; ni ruido de molino se oirá más en ti» (Apo. 18:21-22).

Así es el día que se aproxima sobre el mundo, y la condenación que se extiende sobre la tierra, una condenación tenuemente anunciada por las lamentables catástrofes comerciales que a menudo han enviado dolor a tantos corazones, y desolación a tantos hogares.

Hace doscientos años un viejo pastor se hallaba agonizando. Estaba a punto de cumplir sus ochenta años. Había experimentado el vaivén de muchas olas, de Inglaterra a América [del Norte], de América [del Norte] a Inglaterra, y nuevamente de Inglaterra a América [del Norte]. Agonizaba en Boston, lleno de fe y amor. En la víspera de su muerte, mientras permanecía sin poder decir ni una palabra, su hija le preguntó cómo se encontraba. Él levantó sus manos moribundas, y con sus labios moribundos simplemente dijo: «¡Cosas que se desvanecen!, ¡cosas que se desvanecen!». Nosotros repetimos sus solemnes palabras y, señalando al mundo, con todas las vanidades en las que el hombre vano pone su corazón, decimos: «¡Cosas que se desvanecen!».

«El mundo pasa». Este es nuestro mensaje. Como un sueño en la noche. Nos acostamos para descansar, nos dormimos, soñamos, despertamos por la mañana, ¡y he aquí que todo se ha desvanecido, todo aquello que en nuestro sueño parecía tan estable y agradable! Así pasa el mundo velozmente. Ay, hijo de la mortalidad, ¿no tienes un mundo más resplandeciente más allá?

Como la niebla de la mañana. La noche hace caer la niebla sobre las colinas, el vapor cubre los valles; sale el sol, y todo ha desaparecido, la colina y el valle están despejados. Así pasa el mundo y no se ve más. Ay, hombre, ¿abrazarás un mundo como éste? ¿Te acostarás sobre la niebla y dirás: «Este es mi hogar»?

Como una sombra. No hay nada más irreal que una sombra. No tiene sustancia, no tiene ser. Es oscura, es una figura, se mueve, ¡eso es todo! Así es el mundo. Ay, hombre, ¿vas a perseguir una sombra? ¿Qué hará una sombra por ti?

Como una ola del mar. Se levanta, cae y no se la ve más. Así es la historia de una ola. Así es la historia del mundo. Ay, hombre, ¿harás de una ola tu porción? ¿No tienes mejor almohada que ésta para apoyar tu cabeza cansada? ¡Pobre mundo es este para que el corazón humano lo ame, para que un alma inmortal se llene de él!

Como un arco iris. El sol arroja sus colores sobre una nube, y durante unos minutos todo es brillante. Pero la nube se desplaza y el brillo desaparece. Así es

el mundo. Con toda su belleza y brillo; con todos sus honores y placeres; con toda su riqueza y grandeza; con toda su alegría y locura; con toda su pompa y lujo; con todo su jolgorio y desenfreno; con todas sus esperanzas y halagos; con todo su amor y risas; con todas sus canciones y esplendor; con todas sus piedras preciosas y oro —se desvanece. Y la nube que conoció el arco iris ahora ya no lo conoce. Ay, hombre, ¿es un mundo pasajero como este todo lo que tienes por herencia?

Como una flor. Hermosas, muy hermosas, y fragantes, muy fragantes, [así] son las flores de verano. Pero se marchitan. Así se marchita el mundo ante nuestros ojos. Mientras lo contemplamos y lo admiramos, ¡he aquí que desaparece! ¡No queda más rastro de toda su belleza que un poco de polvo! Ay, hombre, ¿puedes alimentarte de flores? ¿Puedes deleitarte con lo que solo permanece una hora? Fuiste hecho para la eternidad; y solo lo que es eterno puede ser tu porción o tu lugar de descanso. Las cosas que perecen con el uso solo se burlan de tus anhelos. No pueden satisfacerte; y aunque te satisfagan, no pueden permanecer. Mortalidad es lo que está escrito en todas las cosas de este mundo; la inmortalidad solo pertenece al mundo venidero, a los cielos nuevos y a la tierra nueva en los que habita la justicia.

Como un barco en el mar. Con todas sus velas extendidas, y una brisa fresca soplando, el barco puede ser avistado, pasa delante de nuestros ojos a la distancia, y luego desaparece. Así como viene, también se va, así se desvanece este mundo presente, con todo lo que en él hay. Después de unas pocas horas a la vista de uno, ¡ya ha desaparecido! ¡El ancho mar por el que [este barco] navegaba, tan tranquilo o tan tormentoso como antes, ahora no posee ningún rastro de la vida, el movimiento y la belleza que lo atravesaron! Ay, hombre, ¿es ese mundo que se desvanece tu única morada? ¿Todos tus tesoros, tus esperanzas y tu gozo están allí? ¿Dónde estarán todos estos cuando descendas a la tumba? ¿O dónde estarás cuando estas cosas te abandonen y te despojen para la eternidad de toda herencia que puedas tener? Es una herencia pobre en el mejor de los casos, y su corta duración la hace aún más pobre. ¡Oh, elige la mejor parte, la que no te será arrebatada!

Como una tienda en el desierto. Los que han viajado por las arenas de Arabia saben lo que esto significa. Al atardecer, una pequeña mancha blanca parece surgir de los áridos paisajes. Es la tienda de un viajero. Al amanecer desaparece. Tanto ella como su habitante se han ido. El desierto está tan solo como antes. Así es el mundo. Hoy se muestra, mañana desaparece. Ay, hombre, nacido de mujer, ¿es esa tu morada y tu hogar? ¿Dirás de este mundo: «Este es mi reposo», cuando te decimos que hay un reposo, un eterno reposo, que queda para el pueblo de Dios?

El mundo pasa. Este es el mensaje del Cielo. Toda carne es hierba, y todo su esplendor es como flor del campo.

El mundo pasa, pero Dios vive perpetuamente. Él es desde la eternidad y hasta la eternidad; el Rey eterno e inmortal.

El mundo pasa, pero el hombre es inmortal. La eternidad está delante de cada hijo de Adán como la duración de su existencia. ¡En luz o en tinieblas para siempre! ¡En gozo o en pena para siempre!

El mundo pasa. Entonces, ¿qué? Esta es la pregunta que más preocupa al hombre. Si el mundo va a desaparecer y el hombre va a vivir para siempre, ¡cuán importante es saber dónde estaremos y qué vamos a ser para siempre! Un médico ilustre, tratando de animar a un paciente abatido, le dijo: «Trata la vida como un juego». Ese fue un consejo miserable. Porque la vida no es un juego, y el tiempo no es un juguete para niños, que se puede desear. La vida presente es el principio de la vida que no tiene fin; y el tiempo es solo la puerta a la eternidad.

Entonces, ¿qué? Oh hombre, debes asegurarte un hogar en ese mundo al que pronto habrás de pasar. No debes salir de esta tienda sin asegurarte de la ciudad que tiene cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Cuando hayas hecho esto, podrás acostarte en tu lecho de muerte en paz. Hasta que no lo hayas hecho, no podrás vivir ni morir en paz. Alguien que había vivido una vida mundana se hallaba al final en su lecho de muerte, y cuando estaba a punto de fallecer, pronunció estas terribles palabras: «Me estoy muriendo y no sé a dónde voy». Otro, en circunstancias similares, gritó: «Estoy a una hora de la eternidad, y todo está oscuro». ¡Oh hombre de la tierra, es hora de despertar!

—*¿Cómo puedo estar seguro?*, —te preguntas. Dios ha contestado esa pregunta desde hace mucho tiempo, y Su respuesta está registrada para todos los tiempos: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo».

—*¿Cree en el Señor Jesucristo?! Nunca he hecho otra cosa*, —dices.

—*Si eso es realmente cierto, entonces, [tan seguro] como [que] el Señor vive, tú eres un hombre salvo. Pero, ¿es realmente así? ¿Ha sido tu vida la de un hombre salvo?*

—*No, realmente. Ha sido una vida totalmente entregada a la vanidad.*

—*Entonces, [tan seguro como que] vive el Señor Dios de Israel, y vive tu alma, no has creído, y aún no eres salvo.*

—*¿No tengo entonces ninguna obra que hacer en este gran asunto de mi perdón?*

—*Ninguna. ¿Qué obra puedes hacer? ¿Qué obra tuya puede comprar el perdón, o hacerte apto para el favor divino? ¿Qué obra te ha ordenado Dios para obtener la salvación? Ninguna. Su Palabra es muy clara y fácil de entender: «mas al que no trabaja, pero cree en aquel que justifica al impío, su fe se le cuenta por justicia» (Rom. 4:5). Solo hay una obra por la cual un hombre puede ser salvo. Esa obra no es tuya, sino del Hijo de Dios. Esa obra está consumada, no se le puede restar ni agregar nada, es perfecta a lo largo de todas las épocas, y es ofrecida por Él mismo para que te beneficies de ella y seas salvo.*

—*¿Y esa obra está disponible para mí tal como soy?*

—Lo está. Dios la ha traído a tu puerta; y tu única manera de honrarla es aceptarla para ti, y tomarla como la única base de tu esperanza eterna.

Honramos al Padre cuando aceptamos ser salvos enteramente por la obra consumada de Su Hijo; honramos al Hijo cuando aceptamos tomar Su única obra consumada en lugar de todas nuestras obras; y honramos al Espíritu Santo, Cuyo oficio es glorificar a Cristo, cuando obedecemos lo que nos dice sobre esa obra consumada «de una vez para siempre» en la cruz.

El perdón por medio del hombre Cristo Jesús, quien es Hijo de Dios además de ser Hijo del hombre. Este es nuestro mensaje. El perdón por medio de la única obra que llevó el pecado, la cual fue realizada por Él para pecadores en la tierra. Perdón para los peores y más malvados, para los más alejados de Dios que hay en esta tierra. El perdón más grande, más pleno, más completo, ¡sin restricciones, ni excepciones, ni condiciones, ni la posibilidad de revocación! Un perdón gratuito e inmerecido, gratuito como el amor de Dios, gratuito como el regalo de Su amado Hijo. ¡Perdón de buena gana y sin límites, perdón de todo corazón y lleno de gozo, como el perdón del padre que cae sobre el cuello del hijo pródigo! Perdón simplemente al creer; porque «por medio de Él, todo aquel que cree es justificado» (Hch. 13:39).

¿Acaso la salvación puede ser más gratuita? ¿Puede el perdón estar más cerca? ¿Acaso podría Dios mostrar más plenamente Su anhelo de que no te pierdas, sino que seas salvo; de que no mueras, sino que vivas?

En la cruz está la salvación, en ningún otro lugar. Ningún fracaso en las esperanzas de este mundo puede apagar la esperanza que la cruz revela. Brilla más en el día malo. En el día de perspectivas que se oscurecen, de penas que se agravan, de cargas pesadas, de preocupaciones apremiantes, cuando los amigos se marchan, cuando las riquezas se van volando, cuando la enfermedad nos oprime, cuando la pobreza llama a nuestra puerta, entonces la cruz brilla y nos habla de una luz más allá de las tinieblas de este mundo, la de Aquel que es la luz del mundo.

8. ¿Y si todo es verdad?

John Newton tuvo una madre piadosa que le fue quitada cuando solo tenía siete años. Ella le enseñó a orar siendo apenas un bebé, y sembró en su joven corazón las semillas de su futura vida espiritual.

De niño fue llevado a pensar mucho en Dios y en las cosas eternas; pero sus impresiones se desvanecieron, y entró en un camino de pecado. Parecía como si se hubiera desprendido de todas las ataduras, y solo se deleitaba en lo que era malo.

Mientras se encontraba en este estado impenitente, cayó mientras cabalgaba y estuvo en gran peligro, pero su vida fue preservada. Entonces su conciencia se despertó de nuevo, y tembló ante la idea de presentarse ante Dios como pecador y sin estar preparado. Bajo este temor abandonó sus pecados por un tiempo, y dejó de vivir y hablar profanamente; pero la reforma fue solo externa, y no duró mucho tiempo.

En otro momento, el temor a la ira de Dios se apoderó de él y comenzó a vivir —lo que creía era— una vida muy religiosa. Pensó en hacerse justo, y así ganar el favor de Dios. Pasaba mucho tiempo leyendo las Escrituras; oraba; ayunaba; apenas se atrevía a hablar, para no pronunciar una palabra vana o pecaminosa. Ignorando la justicia de Dios, se empeñaba en tener una [justicia] propia, con la que esperaba apaciguar así su conciencia y librarse del temor a la ira venidera.

Este estado de ánimo duró uno o dos años, y luego abandonó por completo la religión y se convirtió en un infiel. A partir de ese momento, se precipitó a todo tipo de maldades, sin embargo, solo se volvió más miserable. Se echó a la mar a bordo de un barco de esclavos y participó en ese horrible comercio. Se vio reducido a la más extrema pobreza, muriendo de hambre, pecando y blasfemando, con el corazón endurecido y la conciencia cauterizada. Era, en efecto, el hijo pródigo, malgastando sus bienes con una vida desenfadada, pero sin «volver en sí» y decir: «Me levantaré e iré a mi padre». Una y otra vez estuvo en peligro de muerte por mar y por tierra. Medio embriagado, y bailando en la cubierta una medianoche, su sombrero se cayó por la borda, y se iba a lanzar tras este [al mar] cuando fue agarrado y arrastrado hacia atrás por sus camaradas. De esta manera se precipitó en el pecado, como él mismo lo describe en uno de sus himnos:

«En el mal me deleité durante mucho tiempo,
sin temor a la vergüenza ni al miedo».

Habiendo hallado un día un libro religioso a bordo del barco, lo tomó, y al revisarlo, fue llevado a preguntarse: «¿Y SI ESTAS COSAS SON VERDAD?». La idea lo aterrorizó y cerró el libro. Aquella noche se fue a su coy como de costumbre, habiéndoselas ingeniado para alejar de su mente esta solemne pregunta. En la oscuridad de la noche lo despertó el estruendo de las olas. Se había levantado una tormenta, un mar terrible arrasaba por encima del barco, y el camarote donde estaba acostado se estaba inundando rápidamente. Se oyó un grito: «¡El barco se hunde!». Todo era confusión y terror. Se dirigió dos veces a la cubierta, pero fue recibido en la escalera por el capitán, quien le pidió que trajera un cuchillo. Cuando volvía por el cuchillo, un hombre subió en su lugar y fue arrastrado por una ola.

Pensamientos de tiempos pasados comenzaron a venir a su mente; el recuerdo de aquellos a quienes había amado le afectó, y su corazón pareció ablandarse. Durante cuatro semanas el barco fue zarandeado de un lado a otro, estando él unas veces al timón y otras sacando agua, mientras ola tras ola

rompía sobre él. Entonces, en medio del peligro, día y noche su clamor se alzaba: «Oh Dios, sálvame, o pereceré»; y «Dios de la Biblia perdóname por Tu Hijo»; y «Dios de mi madre, el Dios de la misericordia, ten piedad de mí».

Esa tormenta fue para John Newton lo que el terremoto fue para el carcelero de Filipos, lo puso de rodillas. Le hizo ver sus pecados. Le hizo ver su perdición eterna. Lo llevó a la cruz y a la sangre de Cristo. El himno del que ya hemos citado las dos primeras líneas continúa relatando su experiencia:

«En el mal me deleité durante mucho tiempo,
sin temor a la vergüenza ni al miedo,
Hasta que UN NUEVO OBJETO atrajo mi atención,
y detuvo mi desenfrenada carrera».

El «nuevo objeto» al que miraron sus ojos mientras estaba de pie en el timón o caminaba por la cubierta con las olas golpeando sobre él era el Cristo crucificado. La cruz y el Hijo de Dios llevando nuestros pecados sobresalían ante él en el resplandor del amor divino, pues así canta él:

«A un hombre en agonía y ensangrentado vi sufriendo en un madero,
Su lánguida vista en mi clavó mientras cerca de Su cruz permanecí».

A John Newton le ocurrió lo mismo que a Simón Pedro cuando el Señor se volvió y lo miró. En ambos casos la mirada de amor derriñó al pecador:

«Seguro estoy que hasta mi último aliento
jamás podré olvidar esa mirada,
de Su muerte parecía culparme,
aunque ni una palabra hablé».

Aquella mirada de amor, de un amor santo, recorrió su conciencia, haciéndole sentir su pecado en toda su vileza. El pecado, que hasta entonces había sido tratado por él como una mera trivialidad, o que había sido totalmente pasado por alto, se presentaba ahora con todos sus terrores. Estaba condenado; estaba perdido; ¿qué habría de hacer?

«Mi conciencia la culpa sintió y reconoció,
y en la desesperación me hundió;
Vi que mis pecados Su sangre salpicó,
Y a clavarlo allí ayudé yo».

Se siente abrumado; está desesperado. Esa mirada de amor santo le ha afectado de pie a cabeza. Le dice: —*Tú eres ese hombre; tú lo hiciste todo; tú me clavaste en el madero; si no hubiera sido por tus pecados, yo no estaría aquí.* Pero al mirar, ve algo más en esa mirada, y oye la voz del perdón que viene de la cruz:

«Una segunda mirada Él dio, que decía:
—*Yo perdono todo gratuitamente,*
Esta sangre por tu rescate es pagada,

Yo muero para que vivas tú».

Esta segunda mirada habla de paz. Interpretó en ella el perdón, el perdón gratuito al mayor de los pecadores, el perdón al «viejo blasfemo africano», y su conciencia perturbada se apaciguó. «He encontrado un pago por mi rescate» es el mensaje que elimina su terror, y este rescate es pagado por la sangre y la muerte del Hijo de Dios. Tal pago por su rescate es suficiente. Dios lo mira y está satisfecho; dice que es suficiente. El pecador lo mira y está satisfecho; dice que es suficiente. La carga de la culpa se libera y cae de sus hombros. Es liberado de la culpa, del terror, de la esclavitud. Conoce la bendición del hombre cuya transgresión ha sido perdonada y cuyo pecado ha sido cubierto. Ha creído, y es salvo; es más, sabe que es salvo, pues cree el testimonio celestial sobre Aquel a quien mira:

«Por tanto, aunque Su muerte exhibe mi pecado

En todo su negro matiz,

Tal es el misterio de la gracia,

que sella también mi perdón».

El perdón por medio de la sangre del Cordero, el perdón por medio de creer el testimonio que da el Espíritu Santo de la obra consumada de Emanuel, es ahora su lugar de reposo; y toda su vida ha cambiado; ese santo perdón lo ha convertido en un hombre santo.

Y ahora volvamos al primer pensamiento que lo asaltó.

«¿Y SI ESTAS COSAS SON VERDAD?»

Esta pregunta es para nosotros tanto como lo fue para él.

Si la eternidad es una realidad, entonces me corresponde estar preparado para ella, porque el terror o el gozo sin fin no pueden considerarse una pequeñez. Si debo vivir para siempre, entonces debo tratar de vivir aquí de manera que esa vida eterna sea feliz. De lo contrario, habría sido bueno para mí no haber nacido.

Si el pecado es un hecho, entonces no debo jugar con él; y si Dios lo odia absolutamente, entonces yo también debo odiarlo, y debo dejar de practicarlo. Debo apartarme de él a la manera de Dios, ya que ninguna otra forma de liberación servirá. El pecado, tan terriblemente real y poderoso, solo puede ser quitado por algo igualmente real y poderoso.

Si la cruz de Cristo es real, entonces debo tratarla como tal. Está destinada a ser la muerte del pecado y la vida de la justicia; la fuente abierta para [lavar] el pecado y la impureza; el lugar donde todo el pecado es llevado por [O]tro en nuestro lugar, para que vivamos por la muerte de [O]tro, y seamos perdonados por la condenación de [O]tro. Mi aceptación del gran sacrificio¹³ hecho allí es mi rescate de la ira, del pecado y de la muerte. No se me pide que trabaje por el perdón, lo obtengo gratuitamente y sin merecerlo. No se me pide que espere por

¹³ Nota de los traductores: *del gran sacrificio* – Lit., *de la gran obra*.

el perdón, lo obtengo de inmediato como un don completo y provisto, el cual es otorgado a todo aquel que acuda a Dios por este, y lo reciba en la forma indicada.

Si todo esto es verdad, entonces debo ser sincero. Todo lo relacionado con Dios y Cristo, el pecado y el perdón, la vida y la muerte, la ira y el favor, el tiempo y la eternidad, es tan indeciblemente trascendental, que debo levantarme y pensar en estas cosas sin demora. Si no lo hago con seriedad, soy un insensato; porque ¿de qué me servirá ganar el mundo entero y perder mi alma? Debo buscar lo que es correcto, en el momento oportuno, de la manera correcta, debo ir directamente a Dios por todo lo que carezco; y debo encontrarme con Él en la cruz.

Conocí a alguien que estuvo buscando toda su vida, sin embargo, parece que nunca encontró nada. Trataba de ser feliz, pero no sabía cómo. Era rico y tenía todo lo que este mundo podía darle. Iba de un lugar a otro en busca de placer. Vivió una larga vida, y la pasó en medio del lujo, comiendo, bebiendo y alegrándose. Disponía de grandes propiedades, tenía muchos amigos y su casa estaba llena de cuadros, estatuas y todo lo que el arte podía proporcionarle. Sin embargo, su mirada cansada te indicaba que no era feliz.

La vida parecía no tener gozo; sin embargo, todos los días, desde la mañana hasta la noche, iba en su busca. «¿Quién me mostrará algún bien?», era su clamor. Pero el bien nunca llegó. Pasó por la vida cansado e infeliz, aunque aparentemente poseía todos sus placeres. Murió a la edad de ochenta años, y no pareció haber conocido nunca un día feliz. Vivió en vano, tanto para sí mismo como para los demás.

Amigo mío, ¿quieres ser feliz? Debes ir a Dios por Su amor y Su gozo. Este mundo, con riquezas y placeres en abundancia, no hará nada por ti. No puede darte la paz. Sin embargo, el Dios que te creó puede darte la paz, Su propia paz que satisface. Ve inmediatamente y obténla de Él. Dios da a todos abundantemente y sin reproches.

¿Quieres ser salvo? Debes buscar tu salvación en el Hijo de Dios, y bajo la protección de Su cruz. Solo en Él estás a salvo. Su cruz es un escudo y un refugio en el tiempo y en la eternidad. El tiempo pasará pronto, la última trompeta puede sonar en breve, y debes presentarte ante el tribunal de Cristo, para dar cuenta de las obras hechas en el cuerpo. Busca la salvación inmediata en Cristo Jesús, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Es poderoso para salvar para siempre a los que por medio de Él se acercan a Dios. Cristo espera para dar la bienvenida al culpable. Le encanta bendecir al pecador. Ve a Él ahora, y trata con Él abiertamente, con fervor y honestidad acerca de esa alma tuya. Él no te enviará de vuelta con las manos vacías.

9. Los siglos venideros

«¡Los siglos venideros!» ¿Cómo serán para mí? ¿Cuánto van a durar? Entramos en el nuevo año haciéndonos estas preguntas, porque nuestros días avanzan con rapidez, nuestra vida es breve, su final se acerca, y a veces nos parece vislumbrar el sepulcro donde pronto seremos enterrados, y casi leer nuestros nombres en la lápida, con el texto debajo: «El hombre, como la hierba son sus días; como la flor del campo, así florece; cuando el viento pasa sobre ella, deja de ser, y su lugar ya no la reconoce» (Sal. 103:15-16).

Muy cerca de nosotros ha estado la muerte durante el año pasado. Han sido fuertes sus golpes a nuestra puerta. Su trompeta no ha dado un sonido incierto. Seiscientas [personas] que dormían se hundieron en un minuto bajo una ola, mientras el golpe de agua se apoderó de uno de nuestros buques de guerra más fuertes y lo hundió en las profundidades como si fuera un juguete. Algunos de estos que dormían estaban preparados. Desde su barco que se hundía, el bote salvavidas eterno los llevó de inmediato a su puerto deseado, y el barco llegó a la tierra adonde iban (Jua. 6:21); porque Dios traerá con Él a los que durmieron en Jesús (1 Tes. 4:14). Puede que otros no estuvieran preparados, y no se les diera tiempo para prepararse; ni siquiera el breve tiempo de un naufragio común; ni siquiera las pocas horas que se le dieron al ladrón en la cruz.

¡Prepárate, pues, oh hombre, para encontrarte con tu Dios!

El gobernador de París pidió al comandante alemán que notificara la hora en que comenzaría el bombardeo de la «ciudad gozosa». El alemán se negó. No se va a dar ningún aviso. En un momento inesperado, cuando París tal vez menos lo espere, el círculo de fuego latente estallará y comenzará la terrible lluvia de la muerte. Así, oh hombre, será contigo. En vano pides alguna advertencia, algún indicio de la llegada de tu enemigo. No se dará ninguna señal, sino las señales que son comunes a todos; y estas, tal vez, tú las estás ignorando en este momento. En verdad nunca es demasiado tarde para mirar a la serpiente de bronce, mientras el ojo vivo puede ver al glorioso Sanador, aunque sea borrosamente. Nunca es demasiado tarde para entregarte, con todos tus pecados, al clemente «Hijo del Altísimo», mientras estés de este lado del profundo abismo. Nunca es demasiado tarde, mientras estés aquí, para lavarte en la sangre, revestirte de la justicia, recibir el perdón, beber del agua de la vida. Pero qué improbable es que, quienes han olvidado estas cosas en vida, las recuerden cuando la oscuridad de una hora agonizante esté sobre ellos. ¡Qué difícil es, incluso si lo recuerdan, tratar con las cosas divinas, comprender la gracia del evangelio, apreciar la paz y la sanidad de la cruz en medio del dolor, la fatiga y la debilidad de su cuerpo deshaciéndose!

Los paganos de la antigüedad no levantaron altares a la muerte en medio de sus muchos altares a sus dioses, conocidos o desconocidos. Sabían que el último enemigo es inexorable. No se le podría rogar. No se le podría sobornar.

No perdonaría. Entonces, oh hombre, asegúrate de la vida más allá de la muerte, creyendo en Aquel que es «Vida eterna». Así la muerte pasará de ser un enemigo a ser un amigo. Se dice que alguien de antaño, al ver que un artista pintaba a la muerte como un esqueleto con una enorme guadaña de hierro, dijo: «Amigo, ¿no deberías pintar la muerte más bien como un ángel con una llave de oro?». Para el hombre que no conoce la cruz, y el perdón que en ella ha sido consumado, la muerte debe ser el esqueleto con la guadaña. Para el hombre que ha encontrado la vida y la paz al creer en el testimonio divino del gran *Salvador* que llevó el pecado y Su obra, la muerte es el ángel con la llave de oro. ¿Cuál de los dos será para ti, oh compañero inmortal? «El vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda» (Apo. 2:11). ¿Es esta tu esperanza? ¿Es este un texto que esperas colocar debajo de tu almohada al momento de la muerte? O, si no vas a tener otra almohada que una ola arrolladora, o quizá el césped rojo[-sangre] del campo de batalla, ¿podrás tomar tal texto para descansar cuando seas llamado desde allí, tal vez en un momento, para recibir el juicio eterno?

Un ministro de edad avanzada falleció con estas palabras en sus labios moribundos: «Estoy lleno de los consuelos de Cristo». Otro cristiano exhaló su alma con [esta afirmación]: «A salvo bajo la sombra de Su ala». Otro habló de su sentimiento interior en la hora de la muerte con [esta frase]: «Paz como un río». Cuando Melancthon estaba muriendo, le preguntaron si quería algo: «Nada más que el Cielo», fue su respuesta. Cuando Baxter estaba a punto de partir, le preguntaron cómo estaba, y respondió: «Casi bien». Cuando le hicieron la misma pregunta a Grimshaw, de Haworth, este contestó: «Tan feliz como puedo ser en la tierra, y tan seguro de la gloria como si estuviera en ella; lo único que tengo que hacer es salir de esta cama e ir al Cielo». El Dr. Judson dijo: «La muerte no puede tomarme por sorpresa, me siento tan fuerte en Cristo». Otra cristiana murió con estas palabras en sus labios: «Nunca me sentí tan cerca del Señor Jesucristo como en este momento». Otro repitió una y otra vez las palabras: «La muerte no tiene aguijón, Cristo se lo ha quitado». Otro exclamó: «Si este es el valle de sombra de muerte, no hay tinieblas en él; todo es luz».

«Muera yo la muerte de los rectos, y sea mi fin como el suyo» (Núm. 23:10).

Al que lee estas páginas puede que le quede poco tiempo. «Este año morirás», fueron las terribles palabras que una vez salieron de los labios de un profeta para un pecador. Y aunque ningún profeta venga así a tocar su trompeta en tus oídos, puede que no sea menos cierto que este año sea tu último en la tierra.

Sea así o no, te hablamos como alguien que todavía vive en esta tierra, y a quien, por tanto, llega el evangelio en toda su misericordiosa plenitud, el cual te habla como una criatura moribunda; habla a tu alma inmortal. Habla las palabras de gracia; sin embargo, te exhorta a que te apresures. Te señala la puerta abierta de la ciudad gloriosa; sin embargo, te dice que en un momento

esa puerta puede cerrarse. Te habla de la vida eterna por medio de Aquel que murió y resucitó. Te asegura que todo el que cree es salvo.

Dios ha dado a conocer plenamente lo que constituye las «buenas nuevas» para los pecadores. No necesitamos estar perdidos para saber qué es «el evangelio de la gracia de Dios». En amor Él dio a Su Hijo para que llevara nuestros pecados, como «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Por amor nos ha escrito toda la historia de la vida y la muerte de este divino [Salvador] que llevó el pecado. «El Verbo se hizo carne» en Belén; allí el Hijo de Dios se hizo verdadero hombre, hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne. Allí, el que no conoció el pecado, cargó con nuestros pecados. Porque el pecado es un mal tan grande, Dios es tan justo, y la ley es tan santa, que, o bien debemos llevar nuestros propios pecados, o bien [O]tro debe llevarlos en nuestro lugar; no pueden quedar impunes. Tiene que haber un [S]ustituto, si va a haber salvación. Durante treinta y tres años «el Hijo del Bendito» habitó entre nosotros, pronunciando palabras de gracia, realizando obras de misericordia, revelándonos a Dios, llevando a cabo la gran obra de amor y completando la gran propiciación por el pecado. Fue a la cruz como Aquel que llevó el pecado, descendió al sepulcro como tal, resucitó al tercer día como Aquel que había hecho toda la obra y había sido aceptado por el Padre como tal. «El cual fue entregado por causa de nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación» (Rom. 4:25); «murió [...], el justo por los injustos, para llevarnos a Dios» (1 Ped. 3:18). «Habiendo hecho la paz por medio de la sangre de su cruz» (Col. 1:20).

Toda la perfección de la Persona y obra de Cristo es presentada ahora al pecador, para que la reciba y sea salvo. El evangelio viene a él con la obra consumada del Substituto, e insiste en que la acepte; de modo que al tomarla simplemente como Dios la presenta esté en pie sobre una base distinta (la de la perfección de Cristo) en lugar de su propia imperfección.

Así insistimos a cada lector de estas líneas sobre los tesoros del evangelio; el cual te habla de la plenitud de Cristo, y del camino abierto para ti, pecador, a toda esa plenitud. Te da la bienvenida al propiciatorio con toda tu falta de valía. Con la mano de amor extendida, te invita a volver a Dios y entrar en la ciudad de refugio. Consiste en «buenas nuevas», la mejor de las noticias para los hijos de los hombres; y se resume en «cree solamente».

«Los siglos venideros». Tal vez los ojos de algún afligido puedan descansar en estas líneas. Echa tu dolor sobre Jesús, quien es Aquel que lleva tu dolor, así como tu pecado; y mira hacia adelante a esa ciudad de luz donde las tinieblas no pueden habitar, ni el dolor ni el llanto; y donde las lágrimas son enjugadas de todo ojo. Los días de tu luto habrán terminado. La noche pasará, y la estrella de la mañana aparecerá. Cristiano afligido, apóyate en el brazo de tu Señor, y vierte tus penas en Su seno. Una dama, misionera en Persia, se hallaba una vez enseñando a un grupo de nativos curiosos. Agotada por las fatigas de un día ajetreado, apenas podía sentarse erguida. Una de las personas convertidas,

observando su debilidad, se colocó detrás de ella como almohada, diciendo: «Apóyate en mí». La cariñosa maestra se inclinó un poco, pero temió apoyarse demasiado. La misma voz bondadosa volvió a decir: «Si me amas, apóyate con fuerza». Oh, cristiano afligido, apóyate en Jesús. Él te dice: —*Si me amas, apóyate con fuerza.*

«Los siglos venideros». ¡Qué pronto estarán aquí! Con sus incalculables riquezas de gozo, canto y brillo, pronto estarán aquí. Con sus reuniones felices, su compañerismo eterno, su reposo interminable, sus soles que nunca se ocultan, ¡pronto estarán aquí!

Nuestras labores, terminadas; nuestra victoria, ganada; nuestro cansancio, eliminado; nuestras molestias y problemas, desaparecidos como una pesadilla de la noche; nuestras heridas, sanadas todas; nuestros dolores de corazón, aliviados; nuestra pesadez de espíritu, sustituida por la fortaleza celestial; nuestra ignorancia, olvidada totalmente [y reemplazada] por la sabiduría y el conocimiento que da Dios; nuestras manos caídas, levantadas; y nuestras rodillas paralizadas, fortalecidas;¹⁴ nuestro ceño fruncido, suavizado por la misma mano tierna que enjuga toda lágrima de nuestros ojos; todas las imperfecciones de la tierra, ¡perdidas en la perfección del Cielo!

La llegada de todas estas cosas puede estar más cerca de lo que pensamos. Porque «el que ha de venir vendrá y no tardará». Entonces, «¡qué clase de personas no debéis ser vosotros en santa conducta y en piedad!». ¡Seguramente somos llamados a un estilo de vida cristiana más elevado que el que la mayoría de nosotros está viviendo! ¡Cuánto más santos, más dedicados a la oración, más apartados del mundo,¹⁵ más abnegados, más amorosos y espirituales deberían ser todos los que llevan el nombre de Cristo! Seremos semejantes a Él cuando lo veamos como Él es. ¿Acaso no debemos tratar de ser semejantes a Él aquí?

¿Qué hace a alguien santo? La estrecha intimidad con Jesús. ¿Qué hace crecer la fe? Relacionarse mucho con Jesús. ¿Qué llena a alguien de gozo? Mirar el rostro de Jesús. ¿Qué mantiene a alguien firme? Apoyarse en el brazo de Jesús. ¿Qué consuela a alguien en el dolor? Reposar en el seno de Jesús. Pues Cristo es todo, y en todos; y nosotros lo tenemos todo en Él. Procuremos honrar Su plenitud recibiendo plenamente, y gozar de Su amor.



¹⁴ Nota de los traductores: Véase Hebreos 12:12 (RVR60).

¹⁵ Nota de los traductores: La palabra utilizada en el original no se refiere necesariamente a la reclusión física lejos del mundo, sino a apartarse del pecado del mundo.